

JENNIFER L. ARMENTROUT

# DAIMON

COVENANT

ediciones  
**Kiwi**



# DAIMON

**DAIMON** SE ENCUENTRA EN DESCARGA **GRATUITA** EN  
[HTTP://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM](http://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM)

Ejemplar promocional gratuito. PROHIBIDA SU VENTA.



# DAIMON

*una precuela de Mestiza, por*  
**JENNIFER L. ARMENTROUT**

**DAIMON** SE ENCUENTRA EN DESCARGA **GRATUITA** EN  
[HTTP://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM](http://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM)

Ejemplar promocional gratuito. PROHIBIDA SU VENTA.

Traducción de Verónica Blázquez



EDICIONES KIWI, 2011  
info@edicioneskiwi.com  
www.edicioneskiwi.com  
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Título original: *Daimon*

2011 Jennifer L. Armentrout  
© de la traducción: Verónica Blázquez, 2011  
© de la fotografía de cubierta: Istockphoto  
© Ediciones Kiwi S.L.

Se permite la descarga gratuita y la libre circulación de este ejemplar en internet.  
No se permite la reproducción total o parcial, así como la modificación de este libro por cualquier medio mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Ejemplar promocional gratuito. PROHIBIDA SU VENTA.

A partir del 18 de Octubre  
Hazte con  
**MESTIZA**  
**9,95€**  
gastos de envío GRATIS\*



\* oferta válida para ESPAÑA

**DAIMON** SE ENCUENTRA EN DESCARGA **GRATUITA** EN  
[HTTP://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM](http://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM)

Ejemplar promocional gratuito. PROHIBIDA SU VENTA.





**ANTES**

# Capítulo 1



8

OLÍA A NAFTALINA Y MUERTE.

Ante mí, la anciana Matriarca Hematoi tenía el aspecto de acabar de arrastrarse fuera de la tumba en la que llevaría guardada unos cuantos cientos de años. Su piel era fina y arrugada, como un viejo pergamino, y cada vez que respiraba podría haber jurado que iba a ser la última. Nunca había visto a nadie tan mayor, pero claro, yo sólo tenía siete años y hasta el repartidor de pizzas me parecía viejo.

La multitud murmuraba su rechazo a mis espaldas; había olvidado que los simples mestizos como yo no debíamos mirar a una Matriarca a los ojos. Siendo los descendientes pura sangre de semidioses, los Hematoi tenían un ego enorme.

Miré a mi madre, que estaba a mi lado sobre el estrado. Ella era una Hematoi, pero no era para nada como ellos. Sus ojos verdes me lanzaron una mirada suplicándome que cooperase, que no fuese la incorregible y desobediente chica que ella sabía que podía ser.

No sabía por qué estaba tan asustada; era yo la que estaba

frente al guardián de la cripta. Y si sobrevivía a esta pobre excusa de la tradición sin acabar llevándole de por vida el orinal a esta arpía, sería todo un milagro digno de los dioses que supuestamente estaban observándonos.

—¿Alexandria Andros?— La voz de la Matriarca sonó como papel de lija sobre una madera rugosa. Chasqueó la lengua. —Es demasiado pequeña. Sus brazos son tan delgados como los brotes de ramas de olivo nuevas.— Se inclinó para estudiarme más de cerca, y casi me esperaba que cayese sobre mí. —Y sus ojos, tienen un color sucio, nada extraordinario. Casi no hay sangre Hematoi en ella. Es más mortal que cualquiera de los que hemos visto hoy.

Los ojos de la Matriarca tenían el mismo color que el cielo antes de una tormenta violenta. Era una mezcla entre morado y azul, signo de su herencia. Todos los Hematoi tenían un color de ojos increíble. La mayoría de los mestizos también, pero por alguna razón, cuando nací debí faltar al día en el que repartieron los colores de ojos chulos.

Sus declaraciones se extendieron durante lo que me pareció una eternidad, lo único en lo que podía pensar era en tomar helado y quizá echarme una siesta. Otros Matriarcas y Patriarcas se acercaron a examinarme, susurrando entre ellos mientras me rodeaban. Yo seguía mirando a mi madre de vez en cuando y su forma de sonreír me tranquilizaba, me hacía saber que todo eso era normal y que lo estaba haciendo bien —incluso muy bien.

Eso fue hasta que la vieja comenzó a pellizcarme por toda la piel que veía y más. Siempre he tenido manía a que me toquen. Si yo no tocaba a alguien, no creía que nadie tuviese por qué tocarme a mí. Parecía que la abuela había pasado eso por alto. Estiró el brazo y me pellizó la tripa a través del vestido con sus dedos huesudos.

—No tiene carnes. ¿Cómo se supone que va a luchar y defendernos? No merece entrenarse en el Covenant y servir al lado de los hijos de los dioses.

Nunca había visto a un dios, pero mi madre me dijo que estaban siempre entre nosotros, siempre observando. Tampoco

había visto nunca un pegaso o una quimera, pero ella juraba que también existían. Incluso con siete años ya me costaba creerme las historias; mi incipiente fe ya se puso a prueba a la hora de aceptar que los dioses aún se preocupaban por el mundo que con tanta determinación habían poblado sus hijos, tal y como sólo los dioses podían hacerlo...

—No es más que una patética, pequeña mestiza —continuó la vieja—. Yo opto por mandarla a los Maestros. Necesito a una chiquilla que limpie mis retretes.

Entonces retorció sus dedos cruelmente.

Y yo le pegué una patada en la espinilla.

Nunca olvidaré la mirada de mi madre, oscilando entre terror y un pánico enorme, preparada para correr y sacarme de allí. Hubo unas cuantas exclamaciones de indignación, pero también bastantes risitas.

—Tiene fuego, —dijo uno de los Patriarcas. Otro dio un paso adelante.

—Será una buena Guardia, quizá incluso una Centinela.

10

Aún hoy sigo sin entender cómo probé mi valía dándole una patada en la pierna a la Matriarca. Pero lo hice. No es que signifique una mierda ahora que tengo diecisiete años y llevo sin estar cerca del mundo Hematoi desde los últimos tres. Incluso en el mundo normal no he parado de hacer estupideces.

De hecho, tenía tendencia a hacer cosas estúpidas al azar. Lo consideré como uno de mis talentos.

—Lo estás haciendo de nuevo, Álex —la mano de Matt apretó la mía.

Pestañeé despacio, enfocando su cara.

—¿Hacer qué?

—Se te ve en la cara —me acercó hacia su pecho, pasándose un brazo alrededor de la cintura—. Es como si estuvieses pensando en algo realmente profundo. Como si tu cabeza estuviese a miles de kilómetros de aquí, en algún lugar más allá de las nubes, en otro planeta o algo.

Matt Richardson quería apuntarse a Greenpeace y salvar unas cuantas ballenas. Era el típico chico de al lado que había re-

nunciado a comer carne roja. Me daba igual. Era mi actual intento de mezclarme con los mortales, y me había convencido para salir un poco e ir a una hoguera en la playa con un puñado de gente que yo apenas conocía.

Tenía mal gusto para los chicos.

Antes que él, me había pillado por un empollón que escribía poemas en las contraportadas de sus libros del colegio y se retocaba el pelo, teñido de negro azabache, de tal forma que le tapase sus ojos color avellana. Me escribió una canción. Me reí, y la relación acabó incluso antes de empezar. El año anterior fue posiblemente el más vergonzoso —el capitán del equipo de fútbol, rubio oxigenado y ojos azules como el cielo. Pasaron los meses y apenas intercambiábamos un «hey» o «¿me dejas un lápiz?» antes de acabar conociéndonos en una fiesta. Hablamos. Me besó y me sobó las tetas, oliendo todo el tiempo a cerveza barata. Le pegué un puñetazo y le rompí la mandíbula. Mi madre hizo que nos mudásemos a otra *ciudad* después de aquello y me dio una charla sobre no pegar con todas mis fuerzas, recordándome que una chica normal no podía dar unos puñetazos así.

A las chicas normales tampoco les gusta que les soben las tetas, y en realidad, pensaba que si pudiesen pegar tan fuerte como yo, lo harían.

Sonreí a Matt.

—No estoy pensando en nada.

—¿Que no piensas en nada? —Matt bajó la cabeza. Me hizo cosquillas en la mejilla con las puntas de su pelo rubio. Gracias a los dioses se le había pasado la fase de «intentar hacerse rastas»—. ¿No se te está pasando nada por esa hermosa cabecita tuya?

Sí que se me estaba pasando algo por la cabeza, pero no era lo que Matt esperaba. Mientras miraba fijamente sus ojos verdes, pensé en el primer chico por el que me pillé —el chico mayor, prohibido, con los ojos como nubes de tormenta— ese tan fuera de mi alcance que incluso podríamos haber sido de especies distintas.

Supongo que, técnicamente lo éramos.

Aún hoy, me gustaría pegarme una patada en la cara por ello. Yo parecía un personaje de una novela romántica, pensando que el amor lo puede todo y toda esa mierda. Seguro. El amor en mi mundo solía acabar con alguien escuchando «¡Yo te castigo!» mientras era maldecido a convertirse en una estúpida flor para el resto de su vida.

Los dioses y sus hijos podían ser así de mezquinos.

A veces me pregunto si mi madre había notado mi incipiente obsesión por el chico pura sangre y que ese fuera el motivo por el que habría sacado mi culo del único mundo que conocía —el único mundo al que realmente pertenecía.

Los puros estaban fuera del alcance para mestizos como yo.

—¿Álex? —Matt rozó mi mejilla con sus labios, acercándose lentamente hacia los míos.

—Bueno, igual algo —me levanté sobre la punta de los pies y rodeé su cuello con mis brazos—. A ver si adivinas en lo que estoy pensando ahora.

—En que desearías no haberte dejado los zapatos allí atrás en la hoguera porque, al menos, yo sí. La arena está muy fría. Vaya mierda de calentamiento global.

—No es lo que tenía en mente.

Bajó las cejas.

—No estarás pensando en la clase de historia ¿no? Sería algo patético, Álex.

Me moví fuera de su alcance, suspirando.

—No importa, Matt.

Riendo, me alcanzó y volvió a rodearme con sus brazos.

—Sólo bromeaba.

Dudé, pero dejé que posase sus labios sobre los míos. Su boca estaba caliente y seca, lo máximo que una chica podía esperar de un chico de diecisiete años. Pero para ser justos, Matt era bastante bueno besando. Sus labios se movían lentamente contra los míos y cuando los apartó, no le di un puñetazo en el estómago ni nada así. Le devolví el beso.

Las manos de Matt bajaron hasta mis caderas y me echó con cuidado hacia la arena, sujetándome sólo con un brazo mientras

se aproximaba a mí y dejaba una estela de besos por la barbilla, bajando por mi garganta. Miré hacia el cielo oscuro, salpicado de estrellas brillantes y unas pocas nubes. Una noche bonita —una noche normal, de hecho. Había algo romántico en todo aquello, en el modo en que acariciaba mi mejilla cuando su boca volvía a la mía y susurraba mi nombre como si yo fuese una especie de misterio que nunca podría resolver. Me sentí cálida y arropada, no en plan arráncame-la-ropa-y-házmelo, pero no estaba mal. Podría acostumbrarme a esto. Especialmente cuando cerraba los ojos y me imaginaba los ojos de Matt volviéndose grises y su pelo mucho, mucho más oscuro.

Entonces, deslizó la mano bajo la falda de mi vestido.

Mis ojos se abrieron de golpe y rápidamente bajé la mano, sacando la suya de entre mis piernas.

—¡Matt!

—¿Qué pasa? —levantó la cabeza, con sus ojos de color verde sucio—. ¿Por qué me has parado?

¿Que por qué le había parado? De repente me sentí como Doña Princesa Castidad guardando su virginidad ante chicos rebeldes. *¿Por qué?* La respuesta de hecho me vino rápidamente. No quería entregar mi pase-V en una playa con la arena entrándome por los lugares más insospechados. Ya sentía las piernas como si me las hubieran exfoliado.

Pero era más que eso. Realmente no estaba allí en aquel momento con Matt, no cuando estaba imaginándole con ojos grises y pelo oscuro, queriendo que fuese otra persona.

Alguien a quien nunca volvería a ver... y nunca podría tener.

## Capítulo 2



14

—¿ÁLEX? —MATT ME ACARICIÓ EL CUELLO CON LA NARIZ—. ¿QUÉ pasa?

Usando un poco de mi fuerza natural, le aparté de mí y me levanté. Me puse bien la parte superior de mi vestido, agradeciendo la oscuridad.

—Lo siento, pero no me apetece ahora.

Matt continuó tirado en el suelo a mi lado, mirando hacia el cielo como lo había hecho yo poco antes.

—¿He... He hecho algo mal?

Mi estómago se retorció y no me sentí muy bien. Matt era un chico muy majo. Me volví hacia él, cogiéndole de la mano. Entrelacé mis dedos con los suyos, como le gustaba.

—No. Para nada.

Soltó la mano y se frotó la frente.

—Siempre haces lo mismo.

Arrugué la frente. ¿En serio?

—No es sólo eso —Matt se incorporó, poniendo sus largos brazos sobre las rodillas—. Siento como si no te conociese, Álex.



No sé, como si no supiese realmente quién eres. Y llevamos saliendo ¿cuánto tiempo?

—Unos cuantos meses —esperé que fuese correcto. Luego me sentí como una idiota por haberlo dicho al azar. Dioses, me estaba volviendo una persona horrible.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Tú lo sabes todo sobre mí. Cuantos años tenía cuando entré en una discoteca la primera vez. A qué universidad quiero ir. Las comidas que odio y que no soporto las bebidas con gas. La primera vez que me rompí un hueso —

—Cayéndote del monopatín —me sentí bien por haberlo recordado.

Matt rió suavemente.

—Sí, tienes razón. Pero yo no sé nada sobre ti.

Le di un golpecito con el hombro.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es —me miró, mientras su sonrisa iba desapareciendo—. Nunca hablas sobre ti misma.

Vale, tenía parte de razón, pero no es que pudiese contarle nada. Ya me veía. «*¿Sabes qué? ¿Has visto Furia de Titanes o has leído mitos griegos? Bien, pues esos dioses son reales y sí, yo soy una especie de descendiente suya. Algo así como una hijastra que nadie quiere reclamar. Oh, y nunca había estado entre mortales hasta hace tres años. ¿Podemos seguir siendo amigos?*»

Eso no iba a ocurrir.

Así que me encogí de hombros y dije:

—Realmente es que no hay nada que contar. Soy bastante aburrida.

Matt suspiró.

—Ni siquiera sé de dónde eres.

—Me mudé aquí desde Texas. Ya te lo he contado —mechones de pelo se escapaban de mi mano, volando ante mi cara y por su hombro. Necesitaba un corte de pelo—. No es un secreto.

—¿Pero naciste allí?

Miré hacia otro lado, observando el océano. El mar estaba tan oscuro que parecía morado, se veía poco amistoso. Aparté la

mirada y me quedé mirando la costa. Dos figuras iban caminando, claramente masculinas.

—No, —dije finalmente.

—¿Entonces dónde naciste?

Luché contra la ligera molestia que me estaba causando mientras me fijaba en los chicos de la costa, se agacharon mientras se levantaba el viento, lanzándoles un brillo fino de agua fría. Se estaba acercando una tormenta.

—¿Álex? —Matt se puso en pie, sacudiendo la cabeza—. ¿Ves? Ni siquiera puedes decirme dónde naciste. ¿Qué pasa?

Mi madre pensaba que cuanto menos gente supiese sobre nosotros, mejor. Era increíblemente paranoica, pensaba que si alguien sabía demasiado, el Covenant nos encontraría. ¿Tan malo sería? En cierta manera quería que nos encontrasen, para acabar con esta locura.

Cada vez más frustrado, Matt se pasó los dedos por el pelo.

—Creo que voy a volver con el grupo.

Le vi darse la vuelta antes de levantarme.

—Espera.

Se dio la vuelta, levantando las cejas.

Respiré profundamente un par de veces.

—Nací en una isla estúpida sobre la que nadie ha oído hablar nunca. Más allá de la costa de Carolina del Norte.

La sorpresa se reflejó en su cara y dio un paso hacia mí.

—¿Qué isla?

—En serio, nunca habrás oído hablar sobre ella —cruce los brazos sobre el pecho mientras se me ponía toda la piel de gallina—. Está cerca de Bald Head Island<sup>1</sup>.

En su cara se creó una amplia sonrisa, y sabía que estarían apareciendo unas pequeñas arrugas en sus ojos como cuando estaba realmente feliz sobre algo.

—¿Tan difícil era?

—Sí. —Hice una mueca y sonreí, porque Matt tenía ese tipo

---

1        N. del T. *Bald Head Island* es una isla en el estado de Carolina del Norte. Muy pequeña, con una población de 173 habitantes en una superficie de 15 km<sup>2</sup>.

de sonrisas que son contagiosas, una sonrisa que me recordaba a la de mi mejor amigo al que no había visto en años. Quizá por eso me acerqué a Matt. Mi propia sonrisa comenzó a desvanecerse cuando me pregunté qué estaría haciendo ahora mi anterior compañero de batallas.

Matt puso sus manos sobre mis brazos, descruzándolos lentamente.

—¿Quieres volver? —señaló con la cabeza hacia la playa, al grupo de chicos reunidos alrededor del fuego—. ¿O nos quedamos aquí...?

Dejó la oferta abierta, pero sabía lo que quería decir. Quedarnos allí y besarnos un poco más, olvidar un poco más. No parecía mala idea. Me quedé a su lado. Sobre su hombro, volví a fijarme en los dos tíos. Estaban casi a nuestro lado, y suspiré en cuanto los reconocí.

—Tenemos compañía —di un paso atrás.

Matt echó un ojo por encima del hombro hacia los dos tíos.

—Genial. Son *Ren y Stimpy*<sup>2</sup>.

Me reí por la descripción tan acertada. En las pocas veces que realmente coincidí con el horrible dúo, me negué a aprenderme sus verdaderos nombres. Ren era alto y desgarrado, su pelo marrón oscuro lo llevaba tan lleno de gomina que podría ser considerado un arma peligrosa en muchos estados. Stimpy era el más bajito y gordo de los dos, con la cabeza afeitada y con la complejión como de una locomotora. Los dos eran conocidos por causar problemas allá donde fuesen, especialmente Stimpy y su cuestionable programa de levantamiento de peso. Tenían dos años más que nosotros y habían acabado en el instituto de Matt antes de que yo pusiese un pie en Florida. Pero aún salían con los más jóvenes, seguramente para echar un ojo sobre chicas impresionables. Circulaban bastantes malos rumores sobre esos dos.

Incluso bajo la tenue luz de la luna se veía que su piel tenía un sano color anaranjado. Sus gigantescas sonrisas eran escan-

---

2 N. del T.: Personajes de una conocida serie de TV del canal Nickelodeon.

dalosamente blancas. El más bajo susurró algo y se chocaron los puños.

Como era de esperar, no me gustaban.

—¡Hey! —gritó Ren mientras bajaba su fanfarronería—. ¿Qué pasa Matt?

Matt hundió sus manos en los bolsillos de sus pantalones cortos.

—No mucho, ¿tú que tal?

Ren miró a Stimpy, y luego de nuevo a Matt. El polo rosa fosforito de Ren, al menos tres tallas pequeño, parecía estar pintado en su cuerpo huesudo.

—Sólo estamos pasando el rato. Luego nos vamos hacia las discotecas —Ren me miró por primera vez, paseando sus ojos por mi vestido y mis piernas.

Me entró una pequeña arcada.

—Te he visto por aquí unas cuantas veces, —dijo Ren inclinando la cabeza a un lado y a otro. Me pregunté si sería algún tipo de extraña danza de apareamiento—. ¿Cómo te llamas, cariño?

18

—Se llama Álex, —respondió Stimpy.

—Es nombre de tío.

Contuve un gruñido.

—Mi madre quería un niño.

Ren miró confuso.

—Es el diminutivo de Alexandria, —explicó Matt—. Lo que pasa es que le gusta que le llamen Álex.

Sonreí a Matt, pero estaba con la mirada fija en los dos tipos. Vi como tensaba la mandíbula.

—Gracias por la aclaración, tío. —Stimpy cruzó sus enormes brazos, mirando a Matt de arriba a abajo.

Viendo la mirada de Stimpy, me acerqué más a Matt.

Ren, aun mirándome las piernas, hizo un ruido mezcla entre quejido y lamento.

—Joder, tía, ¿tu padre es un ladrón?

—¿Qué? —la verdad es que nunca llegué a conocer a mi padre. Quizá lo fuese. Todo lo que sabía es que era mortal. Por

suerte no se parecería en nada a estos capullos.

Aunque no tenía, Ren hizo como que sacaba bola, sonriendo.

—Bueno, y entonces ¿quién robó esos diamantes y los puso en tus ojos?

—Wow. —Pestañeé y me volví hacia Matt—. ¿Por qué nunca me dices cosas así de románticas? Estoy dolida.

Matt no sonrió como yo esperaba. Su mirada continuaba yendo de uno a otro, y pude ver cómo había cerrado los puños dentro de los bolsillos. Había algo en sus ojos y en la forma en que sus labios dibujaban una fina línea en su cara. Mi diversión se desvaneció en un instante. Estaba... ¿asustado?

Le cogí del brazo a Matt.

—Venga, volvamos.

Esperad. —Stimpy le agarró a Matt del hombro con tanta fuerza como para hacer que Matt se tambalease un poco hacia atrás—. Es un tanto maleducado el que salgáis huyendo sin más.

Una corriente de aire caliente subió por mi espalda y recorrió toda mi piel.

Mis músculos se tensaron.

—No le toques —avisé en voz baja.

No me sorprendió cuando Stimpy bajó la mano y me miró fijamente. Entonces sonrió.

—Es peleona.

—Álex, —dijo Matt entre dientes, mirándome con los ojos bien abiertos—. Está bien. No te preocupes.

Aún no me había visto preocuparme de verdad.

—La actitud debe venir con el nombre —Ren se rió.

—¿Por qué no nos vamos de fiesta? Conozco a un portero del Zero que nos puede colar. Podemos pasárnoslo bien —entonces fue a agarrarme.

Puede que Ren lo hubiese querido hacer en broma, pero fue un mal movimiento. Aún tenía un problema cuando me tocaban sin yo quererlo. Le agarré del brazo.

—¿Tu madre es limpiadora? —le pregunté inocente.

—¿Qué? —dijo Ren con la boca abierta.

—Porque alguien como tú está hecho para morder el polvo —le retorció el brazo hacia atrás. Vi como la sorpresa se reflejaba en su cara. Hubo un segundo en que nuestras miradas se cruzaron, y supe que él no tenía ni idea de cómo había acabado yo teniendo el poder tan rápidamente.

Habían pasado tres años desde que me peleé en serio con alguien por última vez, pero se despertaron músculos poco usados y mi cerebro se desconectó. Me agaché bajo el brazo que le sujetaba, acercándolo a mí mientras enganchaba su rodilla con el pie.

En un segundo Ren comía arena.

## Capítulo 3



MIRANDO AL CHICO TIRADO EN LA ARENA, ME DI CUENTA DE QUE echaba de menos pelear, especialmente el subidón de adrenalina y el sentimiento de «Joder, soy genial» que venía tras derribar a alguien al suelo. Pero, de nuevo, el pelear con mortales no tenía ni comparación con pelear con los míos o las cosas para las que una vez me entrenaron a matar. Esto no me había supuesto esfuerzo alguno. Si él hubiese sido también un mestizo, igual habría sido yo la que tendría pinta de pringada con la boca llena de arena.

—Dios mío —susurró Matt dando un salto atrás.

Miré hacia arriba, esperando ver en él una mirada asombrada y sorprendida. Quizá incluso dándome una señal de aprobación con el pulgar. Nada, no tuve nada. En el Covenant me habrían aplaudido. Pero seguía olvidando que ya no estaba en el Covenant.

La mirada asombrada de Stimpy iba de su amigo a mí y rápidamente se transformó en furia.

—¿Actúas como un hombre? Más te vale asumirlo como un

hombre, zorra.

—Oh —sonreí mientras me encaraba hacia él—. Que empiece el juego.

Teniendo la ventaja de su corpulencia, Stimpy se abalanzó contra mí. Pero no había sido entrenado para pelear desde los siete años y no tenía mi fuerza y velocidad literalmente divinas. Lanzó su gordo puño hacia mi cara y me giré, levantando la pierna y estampándole mi pie descalzo en el estómago. Stimpy se dobló sobre sí mismo, lanzando las manos intentando agarrarme los brazos. Di un paso hacia él, agarrándole yo los brazos y echándole hacia abajo mientras levantaba la pierna. Su mandíbula rebotó en mi rodilla y le solté, viendo como caía en la arena con un gemido.

Ren se incorporó, escupiendo sangre. Se balanceó e intentó darme un puñetazo. Estaba bastante lejos, y podría haberlo esquivado fácilmente. Diablos, podría haberme quedado quieta y ni siquiera me habría rozado, pero estaba en racha.

Le agarré el puño, deslizando mi mano sobre su brazo.

22 —No está bien pegarle a una chica —me di la vuelta usando su peso para desestabilizarle.

Salió por encima de mi hombro, dando de nuevo con la cara en la arena.

Stimpy se levantó y se tambaleó hacia su amigo caído.

—Vamos tío. Levántate.

—¿Necesitas ayuda? —me ofrecí con una sonrisa dulce.

Los dos chavales se fueron lastimados por la playa, mirando por encima del hombro como si esperasen que les fuese a saltar a la espalda. Les miré hasta que desaparecieron por la cala, sonriéndome a mí misma.

Me di la vuelta hacia Matt, con el viento moviéndome el pelo. Me sentí viva por primera vez en... bueno, años. *Aún estoy que lo parto. Después de tanto tiempo aún puedo hacerlo.* Mi emoción y confianza se desvanecieron en el momento en que pude ver bien la cara de Matt.

Parecía aterrado.

—¿Cómo...? —se aclaró la garganta—. ¿Por qué lo has he-



cho?

—¿Que por qué? —repetí confusa—. Yo lo veo bastante claro. Esos tíos son unos capullos.

—Sí, son unos capullos. Todo el mundo lo sabe, pero no tenías por qué darles una paliza —Matt se me quedó mirando, con los ojos como platos—. Es que... es que no puedo creer que lo hayas hecho.

—Te estaban molestando —me puse las manos en la cintura, importándome poco que el viento me diese con el pelo en la cara—. ¿Por qué actúas como si fuese un bicho raro?

—Sólo me habían tocado, Álex.

Para mí esa era razón suficiente, pero parecía no serlo para Matt.

—Ren me agarró. Lo siento pero no puedo con eso.

Matt sólo se me quedó mirando.

Me mordí la lengua para no soltar la ristra de palabras malsonantes que tenía en mente.

—Vale. Quizá no debiera haber hecho todo eso. ¿Podemos olvidarlo simplemente?

—No —se frotó el cuello por detrás—. Ha sido demasiado raro para mí. Lo siento Álex, pero ha sido... una locura.

Mi, ya de por sí débil, capacidad de contener la ira comenzaba a flaquear.

—Ah, ¿así que la próxima vez quieres que me quede quieta y les deje que te partan la cara y abusen de mí?

—¡Tu reacción fue desproporcionada! ¡No iban a partirme la cara ni a abusar de ti! Y no va a haber una próxima vez. No me gusta la violencia —Matt sacudió la cabeza y se dio la vuelta, alejándose de mí, arrastrando los pies por la arena, dejándome ahí plantada sola.

—¿Pero qué demonios? —farfullé, y luego grité alto— ¡Me da igual! ¡Vete a salvar delfines o algo!

Se giró.

—¡Ballenas, Álex, *ballenas*! Eso es lo que me interesa salvar. Deje caer los brazos.

—¿Qué hay de malo en salvar delfines?

Matt me ignoró a partir de ahí, y dos minutos más tarde lamenté el haber gritado aquello. Le adelanté rápidamente para recuperar mis sandalias y bolso, pero lo hice dignamente. Ni un sólo comentario despectivo ni una palabrota se escapó de mis labios sellados.

Un grupo de chavales levantaron la mirada, pero ninguno dijo nada. Los pocos amigos que tenía en el colegio eran los amigos de Matt, y a ellos también les gustaba salvar ballenas. No es que hubiese nada malo en salvar ballenas, pero alguno de ellos tiraba las botellas de cerveza y las anillas de plástico al océano. Un tanto hipócrita ¿no?

Matt simplemente no lo entendía. Siendo una mestiza, la violencia formaba parte de mí, arraigada en mi sangre desde mi nacimiento y entrenada en cada músculo de mi cuerpo. Eso no significa que fuese a ponerme a pegar a alguien sin una buena razón, pero desde luego me defendería. Siempre.

El camino hasta casa fue un asco.

24 Tenía arena entre los dedos de los pies, en el pelo y por todo el vestido. La piel me escocía por todas partes y todo era un maldito asco. Echando la vista atrás, podía admitir que quizá mi reacción fue un poquito exagerada. Ren y Stimpny no habían sido especialmente amenazantes. Podía haberlo dejado pasar. O haber actuado como una chica normal y dejar que Matt controlase la situación.

Pero no lo hice.

Nunca lo he hecho. Ahora todo se iba al garete. Matt volvería al colegio el lunes y le contaría a todo el mundo como me puse en plan Xena con esos capullos. Yo tendría que decírselo a mi madre, y ella fliparía. Quizá insistiría en volver a mudarnos. De hecho eso no me importaría; no había manera de que pudiese volver al colegio y encontrarme con esos chavales después de que Matt les contase lo que ocurrió. Ni siquiera me importaba que el colegio acabase en unas pocas semanas. Tampoco me hacía mucha gracia el enorme nido de víboras en que veía que se iba a convertir todo.

Y sabía que me lo merecía.

Agarrando el bolsito en mi mano, aceleré el paso. Normalmente las luces de neón de las discotecas y los sonidos de la feria de al lado me ponen de buen humor, pero esta noche no. Quería pegarme un puñetazo en la cara.

Vivíamos a tres bloques de la playa, en un bungalow de dos plantas que mi madre le alquiló a un viejo que olía a sardinas. Era bastante viejo, pero tenía dos pequeños cuartos de baño. Punto a favor —no teníamos que compartirlo. No estaba exactamente en el barrio más seguro, pero no es que una parte de la ciudad de dudosa reputación nos fuese a asustar a mi madre o a mí.

Podíamos con mortales malos.

Suspiré mientras me abría hueco por el aún abarrotado paseo marítimo. La vida nocturna aquí era una pasada. Igual que los carnets falsos y los cuerpos súper bronceados y súper delgados. Todo el mundo me parecía igual en Miami, parecido a lo que me pasaba en mi hogar —mi hogar de verdad— donde hubo un momento en que tenía una meta en la vida, una obligación que cumplir.

Y ahora no era mucho más que una perdedora.

En tres años había vivido en cuatro ciudades diferentes y había estado en cuatro institutos. Siempre elegíamos ciudades grandes en las que desaparecer y siempre vivíamos cerca del agua. Hasta ahora habíamos llamado muy poco la atención, y cuando lo hacíamos, huíamos. Ni una sola vez me dijo mi madre la razón, ni una sola explicación. Después del primer año, dejé de enfadarme cada vez que no me decía por qué había venido a mi cuarto esa noche y me había dicho que nos teníamos que marchar. La verdad es que me di por vencida en preguntar y tratar de descubrirlo. A veces la odiaba por todo ello, pero era mi madre, y allá donde iba, iba yo.

La humedad se notaba en el aire, el cielo se oscureció rápidamente hasta no brillar ninguna estrella. Crucé la calle y abrí de una patada la valla baja de hierro forjado que rodeaba nuestro pequeño trocito de hierba. Me estremecí por el chirrido que hizo al abrirse pasando sobre las losas de arenisca del suelo.

Me paré delante de la puerta, mirando hacia arriba mien-

tras buscaba la llave por mi bolso.

—Mierda, —murmuré mientras paseaba los ojos por el pequeño jardín. Flores y hierbas crecían como locas, saliéndose de sus macetas de cerámica y trepando por las verjas oxidadas. Las macetas vacías que amontoné hacía unas semanas se habían volcado. Tenía que haber limpiado la terraza esa tarde.

Mamá iba a tener muchas cosas por las que enfadarse la mañana siguiente.

Suspirando, saqué la llave y la metí en la cerradura. Tenía la puerta ya medio abierta, agradeciendo que no hubiese crujido y chirriado como todo el resto de la casa, cuando tuve una sensación muy extraña.

Unos dedos helados me recorrieron la espalda arriba y abajo. Todos los pelillos de mi cuerpo se erizaron cuando tuve la acertada sensación de estar siendo observada.

## Capítulo 4



RÁPIDAMENTE ME DI LA VUELTA, CON LA MIRADA ESCANEANDO TODO el pequeño patio y más allá. Las calles estaban vacías, pero la sensación no hizo más que crecer. Un malestar se adueñó de mi estómago mientras daba un paso atrás, envolviendo con mis dedos el marco de la puerta. No había nadie, pero...

—Estoy perdiendo la cabeza, —murmuré—. Me estoy volviendo tan paranoica como mamá. Genial.

Entré, cerrado la puerta tras de mí. La sensación extraña fue desapareciendo poco a poco mientras iba de puntillas por la casa en silencio. Cogí aire y casi me ahogo del olor tan fuerte del salón.

Refunfuñando, encendí la lámpara al lado del sofá, gastado de segunda mano, y bizqueé mirando hacia la esquina de la habitación. Al lado de nuestra TV y el revistero lleno de *US Weekly* estaba Apolo. Una rama fresca de laurel le rodeaba la cabeza de mármol. Con todo lo que mamá se había olvidado de guardar en nuestras mudanzas, él nunca se perdía.

Siempre odié la estatua de Apolo y su apestosa corona de

laurel que mi madre le cambiaba *cada* maldito día de mi vida. No es que tuviese nada en contra de Apolo. Supongo que era un dios bastante guay, que tenía que ver con la armonía, el orden y la razón. Sólo que era la cosa más recargada que había visto en mi vida. Era un busto del pecho y la cabeza, pero grabado por todo el pecho tenía una lira, un delfín, y —como si eso no fuese ya una sobrecarga de simbolismo para la gente normal— tenía una docena de minúsculas cigarras posadas en el hombro. ¿Qué narices significaban esos molestos insectos zumbadores? Se supone simbolizaban la música y las canciones... ¡ya, y un huevo!

Nunca entendí la fascinación de mi madre por Apolo o por ninguno de los otros dioses. Han estado ausentes desde que los mortales decidieron que sacrificar a sus hijas vírgenes era una práctica que no molaba nada. No conozco a nadie que haya visto alguna vez a un dios. Iban por ahí criando a cientos de semidioses y dejando que éstos tuviesen bebés —los pura sangre— pero nunca han aparecido en el cumpleaños de nadie llevando regalos.

28

Con la mano sobre la nariz, fui hasta la vela más rodeada por laurel y la apagué. Siendo un dios de las profecías, me pregunté si Apolo lo habría sabido antes. Dejando de lado lo recargado que era, lo que había en su pecho de mármol era bastante bonito.

Más bonito que el pecho de Matt.

Lo cual era algo que no volvería a ver o a tocar. Con eso en mente, cogí el bote de helado de doble chocolate y caramelo del congelador y una cuchara grande. Ni siquiera me molesté en coger un bol, y subí las escaleras torcidas.

Una suave luz salía por debajo de la puerta de la habitación de mi madre. Me paré frente a su puerta, miré hacia mi habitación y al helado. Me mordí el labio inferior y pensé en entrar en su cuarto. Posiblemente ya sabría que antes había salido a escondidas, y si no, la arena que llevaba por todo el cuerpo me habría delatado. Pero odiaba el hecho de que mi madre estuviese sola en casa un viernes por la noche. De nuevo.

—¿Lexie? —su voz suave y dulce me llamó desde el otro

lado de la puerta—. ¿Qué haces?

Abrí la puerta con el brazo y miré dentro. Estaba sentada contra el cabecero de la cama, leyendo una de esas novelas obscenas con hombres medio desnudos en la portada. Cuando ella no miraba, yo se las robaba. A su lado, en la mesilla de noche había una maceta de flores de hibisco. Eran sus favoritas. Los pétalos morados eran bonitos, pero el único olor que salía era el del aceite de vainilla que le gustaba echar por encima de los pétalos.

Miró hacia arriba, con una ligera sonrisa.

—Hola, cariño. Bienvenida a casa.

Sostuve el bote de helado, muerta de vergüenza.

—Por lo menos estoy en casa antes de medianoche.

—¿Y se supone que así ya está bien? —me atravesó con la mirada, sus ojos esmeralda brillaban en bajo la tenue luz.

—¿No?

Mi madre suspiró, bajando la novela.

—Sé que quieres salir y estar con tus amigos, especialmente desde que empezaste a salir con ese chico. ¿Cómo se llama? ¿Mike?

—Matt —mis hombros se relajaron y comencé a mirar el helado con ansiedad—. Se llama Matt.

—Matt. Es verdad —me dirigió una pequeña sonrisa—. Es un chico muy majo, y entiendo que quieras estar con él, pero no quiero que vayas por Miami de noche, Lexie. No es seguro.

—Ya lo sé.

—Nunca he tenido que... ¿cómo se dice? ¿Cuándo te dejan sin privilegios?

—Castigar —intenté no sonreír—. Se dice castigar.

—Ah, sí. Nunca he tenido que «castigarte», Lexie. Y no quiero empezar ahora —se echó hacia atrás su espeso y ondulado pelo de la cara mientras me recorría con la mirada—. ¿Por qué estás cubierta de arena?

Entré un poquito en la habitación.

—Es una larga historia.

Si sospechaba que me había revolcado por la arena con el chico del que siempre olvidaba el nombre y que luego me peleé

con otros dos chicos, no dijo nada.

—¿Quieres hablar de ello?

Me estremecí.

Dio unas palmaditas en la cama.

—Vamos, cariño.

Sintiéndome un tanto desanimada, me senté sobre mis piernas.

—Perdón por haber salido a escondidas.

Su mirada brillante se dirigió al helado.

—Me parece que habrías preferido quedarte en casa.

—Pues sí —suspiré abriendo la tapa y hundiendo la cuchara. Con la boca llena de helado dije—; Matt y yo ya no estamos juntos.

—Pensaba que se llamaba Mitch.

Puse los ojos en blanco.

—No, mamá, se llama Matt.

—¿Qué ha pasado?

Mirarle fue como mirar a un espejo, excepto que yo era una versión más ordinaria. Sus pómulos estaban más marcados, su nariz era un poco más pequeña, y sus labios más carnosos que los míos. Y tenía esos increíbles ojos verdes. Era la sangre mortal que había en mí la que había suavizado mi aspecto. Estoy segura de que mi padre tenía que haber sido atractivo para que mi madre se fijase en él, pero debía ser muy humano. Salir con humanos no estaba para nada prohibido, sobre todo porque los hijos —mestizos como yo— eran posesiones muy valiosos para los puros. Aunque, yo ya no podía ser considerada una posesión.

Ahora sólo era... ya no sabía lo que era.

—¿Lexie? —se inclinó hacia delante, quitándome la cuchara y el bote de las manos—. Yo me lo como y tú me cuentas lo que ha hecho ese idiota.

Sonreí.

—Ha sido mi culpa.

Tragó un trozo enorme de helado.

—Como tu madre me siento obligada a discrepar.

—Oh, no —me dejé caer sobre la espalda y me quedé mi-



rando el ventilador.

—Vas a cambiar de opinión.

—Déjame que sea yo quien lo decida.

Me froté la cara con las manos.

—Bueno, digamos que... me metí en una pelea con dos chicos en la playa.

—¿Qué? —noté la cama moverse cuando se estiró—. ¿Qué hicieron? ¿Intentaron hacerte daño? ¿Te... manosearon?

—¡Oh! Cielos no, mamá, vamos. —dejé caer los brazos haciéndole una mueca—. No pasó nada de eso. De verdad.

Grandes mechones de pelo se le apartaron de la cara. A la vez, todas las cortinas de cuarto se levantaron, llegando hasta la cama. El libro de su lado salió volando de la cama y aterrizó en alguna parte del suelo.

—¿Qué pasó, Alexandria?

Suspiré.

—Nada parecido, mamá. ¿Vale? Cálmate antes de que nos saques volando de casa.

Se me quedó mirando unos segundos y el viento paró.

—Flipada, —murmuré. Los pura sangre como mi madre podían controlar uno de los elementos, un regalo que los dioses les habían concedido sobre los Hematoi.

Mamá tenía algo con el elemento del aire, pero no se le daba muy bien el controlarlo. Una vez volcó el coche de un vecino — intenta explicarle eso a los de la compañía de seguros.

—Esos tíos empezaron a meterse con Matt y uno me agarró.

—¿Y luego que pasó? —sonaba calmada.

Me preparé.

—Pues, tuvieron que ayudarse a levantarse del suelo.

Mi madre no respondió inmediatamente. Me atreví a echarle un vistazo rápido y vi que estaba casi inexpresiva.

—¿Cómo de malo ha sido?

—Están bien —me alisé el vestido con las manos—. Ni siquiera les pegué. Bueno, a uno le di una patada. Pero me llamó zorra, así que creo que se lo merecía. De todas formas, Matt dice que mi reacción fue exagerada y que no le gusta la violencia. Me

miró como si fuese un bicho raro.

—Lexie...

—Ya lo sé —me levanté y me froté el cuello por detrás—. Reaccioné mal. Podía haberme marchado simplemente o yo qué sé. Ahora Matt no quiere volver a verme y todos los chavales van a pensar que soy algo... no sé, rarita.

—No eres rarita, cariño.

Le miré con curiosidad.

—Hay una estatua de Apolo en nuestro salón. Y venga, ni siquiera soy de la misma especie que ellos.

—No eres una especie diferente —dejó la cuchara en el bote—. Te pareces a los mortales más de lo que crees.

—Eso no lo sé —me crucé de brazos arrugando la frente. Tras unos segundos, la miré—. ¿No vas a gritarme ni nada?

Levantó una ceja y pareció considerarlo.

—Creo que has aprendido que la acción no es siempre la mejor respuesta, y el chico te dijo esa palabra tan fea...

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

—Eran unos capullos integrales. Te lo juro.

—¡Lexie!

—¿Qué? —me reí de su cara—. Lo son. Y capullo no es una palabrota.

Movió la cabeza.

—No quiero saber que más es, pero suena también a algo sucio.

Volví a reír, pero se me pasó en cuanto se me apareció la cara asustada de Matt.

—Tenías que haber visto cómo me miraba Matt después. Era como si me tuviese miedo. Que estupidez, ¿sabes? La gente como yo me habría aplaudido, pero no, Matt tenía que mirarme como si fuese el anticristo metido de crack.

Mi madre levantó las cejas.

—Estoy segura de que no fue para tanto.

Fijé mi mirada en la pintura de una diosa que tenía en la pared. Artemisa estaba agachada al lado de una cierva, con una aljaba de flechas de plata en una mano y un arco en la otra. Sus

ojos te ponían de los nervios, pintados completamente de blanco —sin iris ni pupilas.

—No. Sí que lo fue. Cree que soy un bicho raro.

Se acercó, poniendo una mano sobre mi rodilla.

—Sé que es difícil para ti el estar lejos de... del Covenant, pero estarás bien. Ya verás. Tienes toda la vida por delante, llena de decisiones y libertad.

Ignorando ese comentario, cogí de vuelta el helado y agité el bote vacío.

—Buuh, mamá, te lo has comido todo.

—Lexie —tocándome la mejilla, me giró la cara para que la mirase—. Sé que te fastidia el estar lejos de ahí. Sé que quieres volver y rezo a los dioses para que puedas encontrar la felicidad en esta nueva vida. Pero no podemos volver. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —susurré, aunque ni siquiera sabía por qué.

—Bien —puso sus labios sobre mi mejilla—. Con o sin un propósito, eres una chica muy especial. Nunca lo olvides.

Algo me quemó por dentro.

—Eso es porque estás obligada a decirlo. Eres mi madre.

Se rió.

—Eso es cierto.

—¡Mamá! —exclamé—. Wow. Ahora voy a tener problemas de autoestima.

—Eso es algo que no te falta —me sonrió pícaro mientras le pegaba en la mano—. Ahora bájate de mi cama y vete a dormir. Espero que mañana te levantes pronto y bien. Más vale que tu pequeño trasero esté en la terraza limpiando todo ese lío. Lo digo en serio.

Salté de la cama y meneé el culo.

—No es tan pequeño.

Puso los ojos en blanco.

—Buenas noches, Lexie.

Fui hasta la puerta y me volví hacia ella por encima del hombro. Estaba tocando la cama por todas partes, con cara extrañada.

—Tu ventolera lo tiró al suelo —me di la vuelta y cogí el

libro del suelo, dándoselo de vuelta—. ¡'Nas noches!

—¿Lexie?

—¿Si? —me di la vuelta.

Mi madre sonrió, con una bonita sonrisa, cálida y cariñosa.  
Le iluminó toda la cara, haciendo joyas de sus ojos.

—Te quiero.

Sonreí.

—Yo también te quiero, mamá.

## Capítulo 5



TRAS TIRAR EL BOTE VACÍO Y LAVAR LA CUCHARA, ME LAVÉ LA CARA y me puse un pijama viejo. Impaciente, no dejaba de dar vueltas pensando en limpiar mi habitación, un impulso que duró lo suficiente como para recoger unos cuantos calcetines del suelo.

Me senté en el borde de la cama, mirando hacia las puertas cerradas del balcón. La pintura blanca estaba desconchada, dejando ver por debajo una capa de color gris claro —como una mezcla entre azul y plateado, un color no muy normal que despertó la nostalgia en mí.

La verdad es que, después de tanto tiempo, el seguir pensando en un chico al que nunca volvería a ver era bastante absurdo. Peor aún, él ni siquiera sabía que yo existía. No porque fuese una chica tímida escondiéndose en las sombras del Covenant, sino porque no se le *permitía* el que se fijase en mí. Y ahí estaba yo, tres años después, viendo como un poco de pintura desconchada me recordaba a *sus ojos*.

Era tan patético que hasta daba vergüenza.

Molesta por mis propios pensamientos, me levanté de la

cama hacia el pequeño escritorio en la esquina de la habitación. Papeles y cuadernos que casi nunca usaba en clase cubrían la superficie. Si había algo que me gustaba del mundo mortal, era su sistema escolar. Las clases aquí estaban chupadas comparadas con las que tuve en el Covenant. Echando todos los trastos a un lado, encontré mi viejo MP3 y los auriculares.

La mayoría de la gente tiene música chula en sus MP3: grupos indie o los últimos éxitos. Pensé que debía estar puesta de algo —¿los gases de las hojas de laurel del Apolo?— cuando me descargué esas canciones. Fui mirando el cacharro hasta que encontré la canción *Brown Eyed Girl* de Van Morrison.

Había algo en la canción que me convertía en una estúpida andante desde el primer riff de guitarra. Tarareando, bailé por toda la habitación, cogiendo ropa suelta por el suelo y parando cada dos por tres a bailar sin sentido. Tiré el montón a la cesta, meneando la cabeza como una marioneta desenfrenada.

Empecé a sentirme un poco mejor, sonreía mientras bailoteaba alrededor de la cama, sujetando una pila de calcetines contra el pecho. «¡Sha la la, la la, la, la, la la, la-la tee da, la-la tee da!».

36

El sonido de mi propia voz me hizo estremecer. Cantar no era uno de mis puntos fuertes, pero eso no me impedía mutilar todas las canciones de mi MP3. Para cuando mi habitación estuvo medianamente decente, habían pasado ya las tres de la madrugada. Cansada pero feliz, me quité los auriculares y los dejé en el escritorio. Me arrastré hasta la cama, apagué la lámpara y caí. Normalmente me suele costar un poco conciliar el sueño, pero aquella noche me dormí enseguida.

Y como a mi cerebro le gusta torturarme incluso estando dormida, soñé con Matt. Pero el Matt del sueño tenía el pelo oscuro y ondulado, y los ojos como nubes de tormenta. Y en el sueño, cuando paseaba sus manos por mi vestido, no le paré.

...

Una extraña sonrisa de satisfacción apareció en mis labios cuando me desperté. Me quité las sábanas de una patada, estirán-

dome perezosa mientras mi mirada se fijaba en las puertas del balcón. Unos finos rayos de luz se filtraban por las rendijas de la persiana y se dispersaban sobre la vieja alfombra de bambú. Las motas de polvo flotaban y bailaban entre los rayos.

—Mi sonrisa se congeló cuando me fijé en el reloj.

—¡Mierda!

Tiré las sábanas a un lado, saqué las piernas de la cama y me levanté. «Pronto por la mañana» no significaba levantarse a *mediodía*. Mi madre había sido suave por la noche, pero dudaba que fuese igual si no hacía las tareas de la casa por segundo día consecutivo. Una rápida mirada a mi reflejo en el espejo del baño, mientras me quitaba la ropa, confirmó que parecía Chewbacca. Me di una ducha rápida, pero el agua caliente se volvió fría antes de que pudiese acabar.

Tiritando por culpa del malvado calentador de agua, me puse un par de vaqueros desgastados y una camiseta ancha. Secándome el pelo con una toalla, fui hacia la puerta. Me paré, silenciando un bostezo. Mamá seguramente estaba ya fuera en el jardín pequeño de delante. Estaba justo debajo del balcón, frente a los edificios de pisos y adosados del otro lado de la calle. Tiré la toalla en la cama y abrí de par en par las puertas del balcón, como si fuese una hermosa mujer saludando al día, todo femenina y delicada.

Excepto que todo salió mal.

Con un gesto de dolor por el reflejo del brillante sol de Florida, me cubrí los ojos y di un paso adelante. El pie se me quedó encajado en una maceta vacía. Lo sacudí para tratar de quitármela, pero perdí el equilibrio y salí despedida hacia el otro lado del balcón, agarrándome de milagro a la barandilla antes de caer por encima de cabeza.

Morir por culpa de una maceta sería un poco horrible.

Bajo mis brazos, la maldita maceta de pie de madera se balanceó hacia la izquierda y luego fuertemente hacia la derecha. Unas cuantas macetas de tulipanes verdes y amarillos se movieron a la vez.

—¡Mierda! —murmuré. Agarrándome a la barandilla y po-

niéndome de rodillas, abracé el macetero. Estando ahí arrodillada, agradecí que ninguno de mis antiguos amigos estuviese por allí y lo hubiese visto. Los mestizos eran conocidos por su agilidad y su gracia, no por tropezarse con las cosas.

Una vez que puse todo en su sitio sin matarme en el proceso, me levanté y me apoyé con cuidado en la barandilla. Miré por todas partes esperando encontrar a mi madre partiéndose el culo de risa, pero el patio estaba vacío. Incluso miré hacia la valla, donde había plantado una fila de flores unas semanas atrás. Empezaba a darme la vuelta cuando vi que la puerta de la valla estaba abierta, colgando hacia un lado.

—Vaya... —estaba casi segura de haberla cerrado la noche pasada. ¿Quizá mamá se había ido al Dunkin a por unos donuts? *Mmm*. Mi estómago gruñó. Cogí la pala pequeña de jardín de entre el lío de herramientas apiladas sobre la sillita plegable, lamentando otra mañana comiendo copos de avena si no había donuts. ¿A quién tenía que matar para tener unos Choco Krispis en esta casa?

38

Le di la vuelta a la pala en el aire, cogiéndola por el mango mientras miraba al otro lado del patio. Los adosados del otro lado tenían barrotes en las ventanas y pintura cayéndose de las paredes. Las mujeres mayores que vivían allí no hablaban mucho nuestro idioma. Una vez intenté ayudar a una de ellas a sacar la basura a los contenedores, pero me gritó en otro idioma y me echó de allí como si estuviese intentando robarle.

Ahora estaban todas en sus porches, cortando cupones o haciendo lo que se supone que hacen las viejas. El tráfico bloqueaba la calle. Siempre pasaba lo mismo los sábados por la tarde, sobre todo si parecía ser un buen día de playa.

Paseé mi mirada entre la gente local y los turistas mientras continuaba tirando la pala al aire. Siempre era fácil distinguir a los de fuera. Llevan riñoneras o sombreros demasiado grandes, y tenían la piel blanca nuclear o quemada.

Un extraño escalofrío me recorrió el cuerpo, llegando a sentir leves sacudidas. Tomé un fuerte respiro, y mis ojos escrutaron los grupos que pasaban a su aire.



Y entonces lo vi.

Todo se paró un instante a mí alrededor. Todo el aire se escapó de mis pulmones.

*No. No. No.*

Estaba de pie al principio de la calle justo al otro lado del bungalow y al lado del porche donde estaban las viejas. Le miraron mientras se acercaba a la acera, pero dejaron de hacerle caso y volvieron a su conversación.

Ellas no podían ver lo que yo vi.

Ningún mortal podía. Ni siquiera un pura sangre. Sólo los mestizos podían ver a través de su magia elemental y ser testigos del verdadero terror —una piel tan pálida y tan fina que todas las venas sobresalían de la carne como pequeñas serpientes negras. Sus ojos eran oscuros, agujeros negros, y su boca, sus dientes...

Esa era una de las *cosas* para las que me habían entrenado a matar en el Covenant.

Era una *cosa* que cogía fuerza y se alimentaba de éter —la esencia de los dioses, la fuerza vital en nuestro interior— un pura sangre que le dio la espalda a los dioses. Esta era una de las *cosas* que estaba obligada a matar en cuanto la viese.

Un daimon—aquí había un *daimon*.

## Capítulo 6



40

ME APARTÉ RÁPIDAMENTE DE LA BARANDILLA. CUALQUIERA DE LOS entrenamientos que intenté recordar se desvanecieron en un instante. Parte de mí sabía en el fondo —siempre lo había sabido— que este día llegaría. Llevábamos fuera de la protección del Covenant y sus comunidades demasiado tiempo. La necesidad de éter podría traer en algún momento a un daimon hasta nuestra puerta. Simplemente no había querido darle alas al miedo, a creer que podría pasar en un día como este, cuando el sol brillaba tanto y el cielo tenía un hermoso color azul celeste.

El pánico se clavó en el fondo de mi garganta, atrapando mi voz. Intenté gritar «¡mamá!» pero salió un susurro ahogado.

Me apresuré por la habitación, con el miedo apoderándose de mí mientras tiraba y abría la puerta. Un ruido sonó en alguna parte de la casa. El espacio entre mi habitación y la de mi madre me pareció mayor de lo que recordaba y aún seguía intentando gritar su nombre cuando llegué a su habitación.

La puerta se abrió suavemente, pero al mismo tiempo, todo se ralentizó.

Su nombre era aún un simple quejido en mis labios. Mi vista aterrizó primero en su cama, y luego en un trozo del suelo al lado de la cama. Parpadeé. La maceta de hibiscos se había caído y roto en grandes trozos. Pétalos morados y tierra cubrían todo el suelo. El rojo —algo rojo— se mezcló entre las flores, tiñéndolas de morado oscuro. Mi olfato recibió un olor metálico que me recordó a las veces que me sangraba la nariz cuando un contrincante tenía un golpe de suerte.

Me entró un escalofrío.

El tiempo se paró. Un zumbido se apoderó de mis oídos hasta que no pude oír nada más. Más pálida de lo normal, sus dedos intentaron atrapar el aire, como intentando alcanzar algo. Su brazo se torció en un ángulo extraño. Mi cabeza se movía adelante y atrás; mi cerebro se negaba a aceptar las imágenes que veían mis ojos, a nombrar la mancha oscura que se extendía por su camiseta.

*No, no —de ninguna manera. Esto no estaba bien.*

Algo —alguien— levantó la mitad de su cuerpo. Un mano pálida le apretó el brazo y su cabeza cayó hacia un lado. Sus ojos estaban completamente abiertos, el verde se había desvanecido un poco.

*Oh, dioses... oh, dioses.*

Segundos, sólo habían pasado unos segundos desde que había abierto la puerta, pero pareció una eternidad.

Un daimon estaba agarrado a mi madre, vaciándola para obtener el éter de su sangre. Debí hacer algún sonido, porque la cabeza del daimon se levantó. Su cuello —*oh, dioses*— estaba como abierto. Se había derramado muchísima sangre.

Mis ojos se cruzaron con los suyos —o al menos los oscuros agujeros donde debería de haber tenido los ojos. Su boca se despegó de su cuello, abriéndose para mostrar una fila de dientes afilados como cuchillas cubiertos de sangre. Entonces, la magia elemental comenzó, volviendo a formar la cara que tuvo cuando fue un pura sangre, antes de haber probado aquella primera gota de éter. Con todo el atractivo en su sitio, era guapo —tanto que, por un momento, creí estar teniendo visiones. Nada con una apa-

riencia tan angelical podía ser responsable de la mancha roja en el cuello de mi madre, su ropa...

Ladeó la cabeza mientras olfateaba el aire. Dejó escapar un sonido tan agudo que se clavaba. Me tambaleé. Ese sonido — nada real podía sonar así.

Se apartó de mi madre, dejando que su cuerpo se deslizase hasta el suelo. Cayó sin fuerzas y no se movió. Sabía que tenía que estar muy asustada y herida, porque no podía haber otra razón por la que no se hubiera movido. Mientras se levantaba, el daimon dejó caer sus manos sangrientas, moviendo los dedos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Mestiza —susurró.

Y entonces saltó.

Ni siquiera me había dado cuenta de que aún tenía la pequeña pala de jardín en la mano. Levanté la mano justo cuando el daimon intentó agarrarme. De mi grito no salió más que un gemido ronco cuando caí contra la pared. La pintura de Artemisa se rompió contra el suelo tras de mí.

42

Los ojos del daimon se abrieron sorprendidos. Por un momento sus iris fueron de un vivo azul brillante, y entonces, como si hubiesen activado un interruptor, la magia elemental que escondía su verdadera naturaleza se desvaneció. Unas cuencas negras reemplazaron esos ojos; las venas sobresalieron de su piel blancuzca.

Y entonces explotó en un montón de brillante polvo azul.

Miré abajo atontada hacia mi mano temblorosa. La pala — aún llevaba en la mano la maldita pala. Me di cuenta de que estaba chapada en titanio. La pala estaba cubierta del metal que resulta mortal a los adictos al éter. ¿Mi madre había comprado esas herramientas de jardín absurdamente caras porque le encantaba la jardinería, o había algún otro motivo oculto tras esa compra? No es que tuviésemos alguna daga o cuchillo del Covenant por aquí cerca.

Sea como fuere, el daimon se había empalado solo en la pala. *Estúpido, malvado, chupa éter hijo de perra.*

Una risa —corta y áspera— me subió por la garganta mien-

tras un escalofrío me recorría el cuerpo. No había más que silencio y el mundo volvió súbitamente a su lugar.

La pala se escapó de mis dedos, cayendo al suelo estrepitosamente.

Otro espasmo me hizo caer de rodillas y bajé la mirada hacia la masa inmóvil al lado de la cama.

—¿Mamá...? —hice una mueca de dolor ante el sonido de mi voz y el miedo que se apoderó de mí.

No se movió.

Le puse la mano en el hombro y le di la vuelta sobre la espalda. La cabeza le cayó hacia un lado, los ojos los tenía blancos y sin mirada. Eché una mirada a su cuello. La sangre le cubría toda la parte delantera de la blusa azul y se mezclaba con mechones de su oscuro pelo. No sabía cuánto daño le había hecho. Me acerqué de nuevo, pero no pude apartarle el pelo que le cubría el cuello. En la mano derecha, tenía un pétalo.

—¿Mamá...? —me incliné sobre ella, con el corazón tartamudeando y en un puño—. *¡Mamá!*

Ni siquiera pestañeó. Durante todo esto, mi cerebro intentaba decirme que no quedaba vida en esos ojos, ni espíritu ni esperanza en su mirada vacía. Lágrimas empezaron a correrme por la cara, pero no podía recordar cuándo había comenzado a llorar. Mi garganta se cerró hasta el punto de que tenía que luchar por respirar.

Entonces grité su nombre, cogiéndole los brazos y zarrandeándola.

—¡Despierta! ¡Tienes que despertarte! Por favor, mamá, por favor! ¡No hagas esto! *¡Por favor!*

Por un segundo me pareció que le había visto mover los labios. Me agaché, poniendo mi oído sobre su boca, tratando de oír una pequeña respiración, una palabra.

Pero nada.

Buscando alguna señal de vida, le toqué el lado sano del cuello y me caí hacia atrás, cayendo sobre el culo. Su piel —su piel estaba *demasiado* fría.

—No. No.

Se cerró una puerta en el piso de abajo, y el sonido me atravesó. Me quedé congelada por un segundo, mi corazón latía tan rápido que estaba segura de que iba a explotar. Un escalofrío me recorrió cuando la imagen del daimon que había fuera apareció por mi mente. ¿De qué color tenía el pelo? El de aquí era rubio. ¿De qué color?

—Diablos —me di la vuelta y cerré la puerta de un golpe. Con los dedos temblándome, cerré el pestillo y di unas vueltas.

*Había dos. Había dos.*

Unos fuertes pasos se oyeron por las escaleras.

Me apresuré hasta el armario. Me apreté tras él, moviendo el pesado mueble con toda la fuerza que tenía. Libros y papeles se cayeron mientras bloqueaba la puerta.

Algo se estampó contra el otro lado, sacudiendo el armario. Dando un salto atrás, me puse las manos sobre la cabeza. Un agudo aullido salió del otro lado de la puerta, y entonces volvió a dar contra la puerta... una y otra vez.

Di unas vueltas alrededor, con el estómago retorciéndose de una forma muy dolorosa. Planes —teníamos un estúpido plan en caso de que un daimon nos encontrase. Lo cambiábamos cada vez que nos mudábamos a otra ciudad, pero todos ellos se basaban en lo mismo: *Coge el dinero y corre*. Escuché su voz tan clara como si lo hubiese dicho ella. *Coge el dinero y corre*. No mires atrás. Sólo corre.

El daimon volvió a golpear la puerta, rompiendo la madera. Un brazo apareció por ahí, intentando agarrar el aire.

Fui al armario, sacando cajas de la estantería de arriba hasta que una pequeña de madera cayó al suelo. Agarrándola, tiré de ella tan fuerte que la tapa se separó de las bisagras. Tiré otra caja a la puerta, dándole al daimon en el brazo. Creo que se rió de mí. Cogí lo que mi madre llamaba «fondos de emergencia» y a lo que yo me refería como el fondo de «estamos jodidas» y me guardé el fajo de billetes de cien dólares.

Cada paso atrás hacia donde ella había caído me destrozaba por dentro, llevándose una parte de mi alma. Ignoré al daimon mientras me agachaba a su lado y ponía mis labios contra

su frente helada.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento mucho. Te quiero.

—Voy a matarte —siseó el daimon.

Mirando por encima de mi hombro, vi que el daimon ya había sacado la cabeza por el agujero. Estaba llegando al borde del armario. Agarré la pala, pasándome el brazo por la cara.

—Voy a destrozarte. ¿Me oyes? —continuó, metiendo otro brazo por el agujero que había hecho—. Te voy a abrir en canal y sacarte cualquier absurda cantidad de éter que tengas, mestiza.

Miré hacia la ventana y cogí la lámpara de la mesa. Le arranqué la pantalla y la tiré a un lado. Me paré delante del armario.

El daimon se paró mientras comenzaba a aflorar su atractivo. Olfateé el aire, con los ojos resplandecientes.

—Hueles difer—

Con todas mis fuerzas, estampé la lámpara contra la cabeza del daimon. El horrible ruido sordo que hizo me gustó tanto que habría preocupado a cualquier orientador juvenil de todo el país. Eso no le mataría, pero me hizo sentir mejor.

Tiré la lámpara reventada y corrí hacia la ventana. La abrí justo cuando el daimon comenzó a lanzar una retahíla de creativas maldiciones y palabrotas. Me posé sobre ella mientras miraba al suelo de abajo, valorando mis posibilidades de caer sobre el toldo del porche trasero de la casa.

La parte de mí que llevaba demasiado tiempo en el mundo mortal reaccionó ante la idea de saltar desde la ventana de un segundo piso. La otra parte —la que tenía sangre divina fluyendo por sus venas— saltó.

El tejado metálico hizo un ruido horrible cuando mi pie aterrizó sobre él. No pensé cuando fui hasta el borde y salté una vez más. Aterricé en el césped, cayendo de rodillas. Levantándome, ignoré las miradas asombradas de los vecinos que debían haber salido fuera a ver qué estaba pasando. Hice lo único para lo que me habían entrenado a no hacer *nunca* en el Covenant, lo que no quería hacer, pero sabía que debía hacer.

Corrí.

Con las mejillas aún húmedas por las lágrimas y las manos

manchadas con la sangre de mi madre, corrí.



# DESPUÉS

## Capítulo 7



48

SENTÍ TODO EL CUERPO ENTUMECIDO CUANDO ME PARÉ EN EL BAÑO de una gasolinera. Giré las manos y me las froté bajo el chorro de agua helada, viendo como el lavabo se teñía de rojo, luego rosa y luego nada. Seguí lavándome las manos hasta que, ellas también, se entumecieron.

De vez en cuando un espasmo sacudía mis piernas y me daba un tic en los brazos, sin duda producto de haber corrido y corrido hasta que el dolor se hizo cargo de mi cuerpo y cada paso me golpeaba los huesos. Mis ojos no dejaban de echar vistazos a la pala, como si necesitase asegurarme que la seguía teniendo a mano. La había puesto al lado del lavabo, pero me parecía como si no estuviese suficientemente cerca.

Cerré el grifo, la cogí y me la metí bajo la cintura del pantalón. Los bordes afilados se me clavaban en la cadera, pero tiré de la camiseta por encima, acogiendo la pequeña punzada de dolor.

Salí del lúgubre baño, caminando sin rumbo fijo. La parte de atrás de mi camiseta estaba empapada en sudor y mis piernas protestaban al andar. Daba unos cuantos pasos, tocaba el mango

de la pala a través de la camiseta, andaba un poco más y así todo el rato.

*Coge el dinero y corre...*

¿Pero correr dónde? ¿Dónde se supone que tenía que ir? No teníamos amigos cercanos a los que les hubiésemos confesado la verdad. Mi parte mortal me urgía a ir a la policía, pero ¿qué les iba a decir? En estos momentos alguien podía haber llamado al 911 y habrían encontrado su cuerpo. ¿Y ahora qué? Si iba a las autoridades me pondrían a cargo de los servicios sociales aun teniendo diecisiete años. Habíamos gastado todo el dinero en estos últimos tres años y no quedaba mucho más a parte de los pocos cientos de dólares que tenía en el bolsillo. Últimamente, mi madre le había cogido el gusto a usar pagarés para tener tarifas más baratas cuando teníamos que pagar facturas.

Continué caminando mientras mi cerebro trataba de contestar a la pregunta de *¿y ahora qué pasa?*. El sol comenzaba a ponerse. Sólo esperaba que la humedad disminuyese un poco. Sentía la garganta como si me hubiese tragado una esponja seca, y mi estómago gruñó descontento. Los ignoré a ambos, mientras continuaba poniendo tanta distancia como podía entre mi casa y yo.

*¿Dónde podía ir?*

Como un golpe bajo en el estómago, vi a mi madre. No como la noche pasada, cuando me dijo que me quería, esa imagen suya se me escapa. Ahora no dejaba de ver sus ojos verdes y apagados.

Una puñalada de dolor me hizo tambalear. El dolor en el pecho, en mi alma, amenazaba con consumirme. No puedo hacerlo. No sin ella.

Tenía que hacerlo.

A pesar de la humedad y el calor, tirité. Con los brazos sobre el pecho, bajé por la calle escaneando todos los grupos de personas buscando la horrible cara de un daimon. Tenían que pasar algunos segundos antes de que su magia elemental hiciera efecto en mí. Quizá me diese suficiente tiempo para intentar huir, pero obviamente podían sentir el poco éter que tenía en mí.

No era probable que me siguiesen; los daimons no solían cazar mestizos. Nos reconocerían y nos vaciarían si se cruzasen con nosotros, pero no nos irían a buscar. El éter diluido en nosotros no era tan apetecible como el de los puros.

Vagué por las calles sin rumbo hasta que di con un motel que parecía un poco decente. Necesitaba salir de las calles antes de que cayese la noche. Miami al anochecer no era sitio para una joven y solitaria chica andando por ahí felizmente. Después de pillar unas hamburguesas de un fast food cercano, me registré en el motel. El tío tras el mostrador no miró dos veces a la sudorosa chica frente a él —sin equipaje y sólo una bolsa de comida— pidiéndole una habitación. Mientras pagase en metálico le daba igual que no le enseñase ninguna identificación.

Mi habitación estaba en el primer piso, al final de un pasillo estrecho y húmedo. Salían ruidos cuestionables de algunas habitaciones, pero estaba más preocupada por la moqueta sucia que por los suaves gemidos.

Las suelas de mis deportivas gastadas parecían más limpias.

50

Me cambié las hamburguesas y bebida al otro brazo mientras abría la puerta de la habitación 13. Ni me fijé en la ironía del número; estaba demasiado cansada como para que me importase.

Sorprendentemente, la habitación olía bien, cortesía del ambientador de melocotón enchufado a la pared. Puse mis cosas sobre la pequeña mesa y saqué la pala. Levantándome la camiseta, bajé un poco la cintura del pantalón y me pasé los dedos por las marcas que había dejado la hoja en mi piel.

Podría ser peor. Podría estar como mi ma—  
—¡Déjalo! —me dije a mí misma—. Déjalo ya.

Pero de todas formas el gran dolor fue mejorando. Era como que no sentía nada y todo a la vez. Di un profundo respiro, pero dolió. Ver a mi madre tirada al lado de la cama seguía sin parecerme real. Nada me lo parecía. Seguía esperando despertarme y darme cuenta de que todo había sido una pesadilla.

Sólo que aún no me había despertado.

Me froté la cara con las manos. Parecía que me ardía la garganta, una tirantez que me hacía difícil el tragar. *Ya no estaba. Ya no estaba. Mi madre ya no estaba.* Cogí la bolsa de hamburguesas y me lancé a ellas. Me las comí furiosa, parando de vez en cuando para tomar un gran trago del vaso. Tras la segunda, comencé a tener retortijones. Tiré el papel al suelo y salí corriendo al baño. Arrodilla frente al váter, todo me volvió.

Me dolía todo cuando caí de espaldas contra la pared, apretando la parte baja de las manos contra mis ojos, que ardían. Cada pocos segundos la mirada en blanco de mi madre se me aparecía, alternada con la cara del daimon antes de explotar en polvo azul. Abrí los ojos, pero seguía viéndola, viendo la sangre correr sobre los pétalos morados, viendo sangre por todo. Los brazos empezaron a temblarme.

*No puedo hacerlo.*

Apoyé las rodillas contra el pecho y dejé la cabeza sobre ellas. Comencé a mecarme lentamente, mientras repetía una y otra vez no sólo las últimas veinticuatro horas, sino los últimos tres años. Todas esas veces que tuve la oportunidad de buscar una forma de contactar con el Covenant y no lo había hecho. Oportunidades perdidas. Oportunidades que nunca recuperaría. Podía haber intentado buscar la forma de contactar con el Covenant. Una llamada habría podido prevenir que esto ocurriese.

Quería una segunda oportunidad —sólo un día más para enfrentarme a mi madre y exigirle el volver al Covenant y enfrentarnos a lo que fuese que hizo que huyésemos en medio de la noche.

Juntas —lo podíamos haber hecho juntas.

Metí los dedos entre el pelo y tiré. Un pequeño grito se abrió paso a través de mi garganta cerrada. Me tiré del pelo, pero ese cálido dolor que recorrió mi cráneo no logró aliviar la presión de mi pecho o el gran vacío que me llenaba.

Como mestiza, mi deber era matar daimons, proteger a los pura sangre de ellos. Había fallado del peor modo posible. Le había fallado a mi madre. Y no había vuelta atrás.

Había fallado.

Y había corrido.

Mis músculos se bloquearon y sentí un repentino ataque de furia aflorar en mi interior. Frotándome los ojos con las manos, di una patada. El talón de mi deportiva atravesó la puerta del mueblecillo bajo el lavabo. Saqué el pie, casi agradecida cuando el contrachapado barato me arañó el tobillo. Y lo volví a hacer una y otra vez.

Cuando finalmente me levanté y salí del baño, la habitación del motel estaba completamente a oscuras. Tiré de la cadena de la lámpara y cogí la pala. Cada paso hacia la vieja habitación dolía, tras forzar mis doloridos músculos en una posición tan extraña dentro del baño. Me senté en la cama, intentando no caer rendida encima y no levantarme. Quería volver a comprobar la puerta —quizá bloquearla con algo— pero el cansancio llamaba y me sumergí en un sitio en el que esperaba que las pesadillas no pudiesen seguirme.

## Capítulo 8



LA NOCHE SE CONVIRTIÓ EN DÍA, Y NO ME MOVÍ HASTA QUE EL PROPIETARIO DEL HOTEL LLAMÓ A LA PUERTA, PIDIENDO O MÁS DINERO O QUE ME FUESE. A TRAVÉS DE UN PEQUEÑO HUECO DE LA PUERTA, LE PASÉ EL DINERO Y VOLVÍ A LA CAMA.

Hice lo mismo durante días. Había un cierto sentido de paso del tiempo cuando me levantaba tambaleándome al baño. No tenía energías como para ducharme, y de todas formas este no era el tipo de sitio que te pone botecitos de champú. Ni siquiera había un espejo, sólo unos cuantos enganches de plástico enmarcando un rectángulo vacío sobre el lavabo. Ni la luz de la luna ni la del sol pasaban a través de la ventana, y llevaba la cuenta de las veces que vino al dueño. Vino tres veces a pedir dinero.

Durante aquellos días, pensaba en mi madre y lloraba hasta que me tapaba con la mano para calmarme. La tormenta en mi interior me azotó, amenazando con hundirme, y me hundí. Me encogí en una pequeña bola, sin querer hablar, sin querer comer. Parte de mí quería quedarse ahí tumbada y desaparecer.

Las lágrimas hacía ya un tiempo que se me habían acabado y simplemente estaba allí tirada, buscando una salida. Parecía que se avecinaba un enorme vacío. Le di la bienvenida, adentrándome en él, hundiéndome en sus profundidades sin sentido hasta que el dueño vino el cuarto día.

Esta vez me habló después de darle el dinero.

—¿Necesitas algo, chica?

Me lo quedé mirando a través del hueco. Era un tío mayor, quizá cuarentón. Solía llevar la misma camiseta a rayas todos los días, pero parecía aseado.

Miró por el pasillo, pasándose una mano por el pelo que ya le raleaba.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar por ti?

No tenía a nadie.

—Bueno, si necesitas algo, simplemente llama al mostrador—se alejó, tomando mi silencio como respuesta—. Pregunta por Fred. Soy yo.

—Fred, —repetí despacio, sonando como una idiota.

Fred se paró, moviendo la cabeza. Cuando volvió a mirarme, nuestros ojos se cruzaron.

—No sé en qué lío te has metido, chica, pero eres demasiado joven para estar en un sitio como este. Vete a casa. Vuelve a donde perteneces.

Vi a Fred irse y cerré la puerta con pestillo. Me di la vuelta lentamente y me quedé mirando a la cama—a la pala. Me hormiguearon los dedos.

*Vuelve a donde perteneces.*

Ya no pertenecía a ningún sitio. Mamá ya no estaba y—

Me aparté de la puerta, acercándome a la cama. Cogí la pala y pasé los dedos por los afilados bordes. Vuelve a donde perteneces. Sólo había un sitio al que pertenecía y no era hecha un ovillo en una cama de un mierdástico motel en el lado malo de Miami.

*Ir al Covenant.*

Un cosquilleo corrió por mi cuello. ¿El Covenant? ¿En serio podría volver allí después de tres años, sin saber si quiera por qué nos fuimos? Mamá había actuado como si no fuese seguro



para nosotras, pero siempre lo asocié a su paranoia. ¿Me permitirían volver sin mi madre? ¿Me castigarían por huir con ella y no delatarla? ¿Estaba destinada a convertirme en lo que había evitado todos esos años atrás cuando fui ante el Consejo y le pegué una patada a una vieja?

Podrían haberme forzado a la servidumbre.

Todos aquellos riesgos eran mejores que ser aplastado por un daimon, mejor que meter el rabo entre las piernas y darme por vencida. Nunca me había rendido por nada en todo mi vida. No podía empezar ahora, no cuando mi vida realmente dependía en no perder la cabeza.

Y por cómo estaba la cama y cómo olía yo, oficialmente la estaba perdiendo.

¿Qué diría mi madre si me pudiese ver ahora? Dudo que sugiriese el Covenant, pero no querría que me diese por vencida. Hacerlo sería una deshonra a todo lo que ella simbolizaba, y a su amor.

No podía rendirme.

La tormenta en mi interior se calmó y el plan comenzó a forjarse. El Covenant más cercano estaba en Nashville, Tennessee. No sabía exactamente dónde, pero toda la ciudad estaría abarrotada de Centinelas y Guardias. Podíamos sentirnos los unos a los otros —el éter siempre nos delataba, más fuerte en los puros, más sutil en los mestizos. Tenía que encontrar un transporte, porque no iba yo a mover el culo hasta Tennessee andando. Aún tenía dinero suficiente para comprar un billete para uno de esos autobuses en los que normalmente ni siquiera consideraría montarme. La estación de la ciudad cerró hace años y la parada de autobús interurbano más cercana estaba en el aeropuerto.

Era toda una caminata para llegar hasta allí.

Miré hacia el baño. No pasaba luz por la ventana. Era otra vez de noche. Mañana por la mañana podría coger un taxi al aeropuerto y coger uno de esos buses. Me senté, casi sonriendo.

Tenía un plan, uno loco que podría acabar saliéndome por la culata, pero era mejor que rendirme y no hacer nada. Un plan era algo y me dio esperanzas.

...

Después de esperar hasta el amanecer, cogí un taxi al aeropuerto y me quedé por la casi vacía terminal de autobuses. La única compañía que tenía era la de un anciano hombre negro que estaba limpiando los duros asientos de plástico y las ratas que correteaban por los pasillos más oscuros.

Ninguno era muy hablador.

Subí las piernas al asiento, meciendo la pala en mi regazo mientras me esforzaba por estar alerta. Tras haber estado sumida en el vacío de la nada durante días, seguía queriendo meterme en mi pijama favorito y hacerme un ovillo en la cama de mi madre. Si no fuese porque cada pequeño ruido me hacía saltar del asiento, me habría caído dormida de la silla.

Un puñado de personas estaba esperando al autobús cuando el sol comenzó a salir por las ventanas.

Todo el mundo me evitaba, probablemente porque parecía un pingajo. La ducha del motel ni siquiera funcionó cuando al final la probé, y mi rápido enjuague en el lavabo no había incluido jabón ni champú. Levantándome despacio, esperé a que todo el mundo se pusiese en fila y miré la ropa que había llevado tantos días. Las rodillas de los vaqueros estaban rotas y los bordes deshilachados estaban teñidos de rojo. Me dio un agudo pinchazo en el estómago.

Recomponiéndome, trepé las escaleras del autobús y miré brevemente al conductor a los ojos. Justo en ese momento, deseé no haberlo hecho. Con una mata de pelo blanco en la cabeza y unas bifocales plantadas en su sonrosada nariz, el conductor parecía aún más viejo que el señor que estaba limpiando las sillas. Incluso tenía una pegatina del IMSERSO en el parasol y llevaba tirantes. *¿Tirantes?*

Dioses, existía la posibilidad de que Papá Noel se quedara dormido al volante y todos fuésemos a morir.

Arrastrando los pies, elegí un hueco en el medio y me senté al lado de la ventana. Por suerte, el bus no estaba ni medio lleno y por eso el olor corporal que suele estar asociado a este tipo de

buses estaba por debajo de la media.

Creo que yo era la única que olía.

Y tanto que lo hacía. Una señora unos cuantos asientos por delante se dio la vuelta, arrugando la nariz. Cuando sus ojos se posaron en mí, aparté la mirada rápidamente.

A pesar de que mi cuestionable higiene era el menor de mis problemas, me puse colorada de la vergüenza. ¿Cómo en un momento así podía llegar a preocuparme por mi aspecto o mi olor? No debía, pero lo hice. No quería ser la chicaapestosa del autobús. La vergüenza me recordó otro horrible momento de mi vida.

Tenía trece años y acababa de empezar una clase de entrenamiento ofensivo en el Covenant. Recuerdo estar emocionada por hacer algo que no fuese correr y practicar técnicas de bloqueo. Caleb Nicolo —mi mejor amigo y un tío estupendo— y yo nos habíamos pasado el principio de la primera clase empujándonos por todo y actuando como monos drogados.

Cuando estábamos juntos éramos un tanto... incontrolables.

El instructor Banks, un mestizo anciano que había sido herido durante su trabajo como Centinela, nos estaba dando la clase. Nos informó de que íbamos a practicar placajes y me emparejó con un chico llamado Nick. El instructor Banks nos enseñó varias veces cómo hacerlo correctamente, advirtiéndonos de que «Tiene que hacerse así. Si no, podrías romperle el cuello a alguien, y eso no es lo que voy a enseñar hoy».

Parecía muy fácil, y siendo una pequeña mocosa fardona como era, no había prestado atención realmente. Le dije a Caleb, «lo tengo pilladísimo». Chocamos como dos idiotas y volvimos con nuestros compañeros.

Nick hizo el placaje perfecto, barriéndome con la pierna mientras mantenía el control de mis brazos. El instructor Banks le elogió. Cuando me tocó a mí, Nick sonrió y esperó. A mitad de la maniobra, se me resbaló el brazo de Nick y cayó sobre el cuello.

No era bueno.

Cuando no se levantó al momento y comenzó a gemir y a retorcerse, supe que había calculado muy mal mis posibilidades. Había puesto a Nick en la enfermería durante una semana y después me llamaron «martillo pilón» durante un montón de meses.

Hasta ahora, nunca había pasado tanta vergüenza en mi vida. No estaba segura de qué humillación fue peor —fallar frente a mis compañeros o el oler como calcetines sudados olvidados en la cesta de la ropa sucia.

Suspirando, miré el itinerario de mi viaje. Tenía dos escalas: una en Orlando y otra en Atlanta. Por suerte en uno de esos sitios había un sitio en el que podía lavarme un poco mejor y comprar algo de comida. Quizá también hubiese conductores que no estuviesen cerca de su fecha de caducidad.

Miré por el autobús, calmando un bostezo con la mano. Definitivamente no había daimons en el autobús; me imaginé que despreciarían el transporte público. Y —hasta donde podía decir— no vi ningún asesino en serie que pareciese que abusase de chicas. Saqué la pala y la metí entre yo y el asiento. Me quedé frita bastante rápido y me desperté unas horas después, con el cuello todo dolorido.

58

Unas cuantas personas en el autobús tenían unas sencillas almohadas por las que habría dado un brazo. No dejé de moverme en el asiento hasta encontrar una posición en la que no me sintiese como encajada, así que no me di cuenta de que tenía compañía hasta que levanté la mirada.

La mujer que antes olfateó el aire estaba en los asientos del otro lado del pasillo. Le miré el pelo cuidadosamente peinado y los pantalones apretados color caqui, sin estar muy segura de que debía pensar de ella. ¿Había apestado todo el autobús?

Sonriendo levemente, sacó la mano de detrás de la espalda y sostuvo un paquete de galletas delante de mí. Era de esas con mantequilla de cacahuete por dentro que venían de seis en seis. Mi estómago rugió. Pestañeé despacio, confusa.

Sacudió la cabeza, y me percaté de la cruz que colgaba de una cadena de oro alrededor de su cuello.

—Pensé que... ¿podrías tener hambre?

El orgullo me golpeó en el pecho. La mujer pensaba que era una niña sin techo. *Espera. SOY una sin techo.* Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

La mano de la mujer tembló mientras la retiraba.

—No tienes que cogerlo. Si cambias de—

—Espere, —dije con voz ronca, asombrándome por el sonido de mi propia voz. Me aclaré la garganta mientras sentía arder las mejillas—. Lo cogeré. Gra... Gracias.

Mis dedos parecían sucios al lado de los suyos aún a pesar de habérmelos frotado bien en el baño del motel. Volví a agradecerse, pero ya había vuelto a su sitio. Me quedé mirando el paquete de galletas, sintiendo una tensión en el pecho y la mandíbula. Una vez leí en algún sitio que eso era síntoma de un ataque al corazón, pero dudé de que eso fuese lo que me pasaba a mí.

Cerrando los ojos, rasgué el paquete, comiendo tan rápido que no pude ni saborear nada. Y luego, de nuevo, me fue difícil saborear lo primero que comía en días porque las lágrimas me cerraban la garganta.

## Capítulo 9



60

EN LA ESCALA EN ORLANDO, TUVE UNAS CUANTAS HORAS PARA intentar asearme y coger algo de comida. Cuando el baño se quedó libre y no parecía que nadie fuese a entrar, cerré la puerta y me acerqué al lavabo. Era difícil el mirarme al espejo, así que evité hacerlo. Me quité la camiseta, aguantando un gemido de dolor cuando me tiraron los músculos. Elegí ignorar el hecho de que estaba dándome un baño en un aseo público, cogí un puñado de toallitas marrones y ásperas que seguramente me iban a rajar toda la piel. Las humedecí y usé jabón normal para limpiarme tan rápido como pude. Moratones oscuros aún marcaban mi piel desde el sujetador hasta la cadera. Los arañazos en la espalda —que me hice al salir por la ventana de la habitación de mi madre— no estaban tan mal como pensaba.

Al fin y al cabo, no estaba tan fastidiada.

Pude sacar una botella de agua y unas patatas de una máquina expendedora antes de montarme en el siguiente autobús. Ver que el conductor era notablemente más joven me hizo sentir más aliviada, ya que empezaba a oscurecer. El autobús estaba

más lleno que el de Miami, y fui incapaz de volverme a dormir. Simplemente me senté y miré por la ventana, pasando los dedos por el borde de la pala. Mi cerebro se desconectó al acabar la bolsa de patatas y acabé mirando al chaval de unas filas por delante. Tenía un iPod, y me daba envidia. Realmente no pensé en nada durante las siguientes cinco horas o así.

Eran como las dos de la mañana cuando nos bajamos en Atlanta, llegando antes de lo previsto. El aire de Georgia era tan húmedo como el de Florida, pero había cierto olor a lluvia. La estación estaba en una especie de polígono industrial rodeado de campos y naves olvidadas hacía tiempo. Parecía que estábamos en las afueras de Atlanta, porque el fuerte brillo de las luces de la ciudad se veía unos cuantos kilómetros por delante.

Frotándome el dolorido cuello, fui hacia la estación. Algunas personas tenían coches esperándoles. Vi como el chaval se apresuraba hacia un sedán y un hombre de mediana edad, al que se le veía cansado pero feliz, salió del coche y le abrazó. Antes de que el corazón se me encogiese de nuevo, me di la vuelta para buscar otra máquina expendedora que asaltar.

Me tomó unos cuantos minutos encontrar las máquinas. No como en Orlando, éstas estaban al final de todo al lado de los baños, que estaban asquerosos. Saqué el fajo de billetes y separé algunos billetes de uno de los de cien.

Un leve sonido, como unos pantalones arrastrando por el suelo, llamó mi atención. Miré por encima del hombro, escudriñando el escasamente iluminado pasillo. Al fondo, podía ver el ventanal de la sala de espera. Me quedé bien quieta para escuchar mejor durante unos momentos antes de ignorar el sonido, y después volví a la máquina, cogiendo otra botella de agua y *otra* bolsa de patatas.

La idea de estar sentada las próximas horas me hizo tener ganas de romper algo, así que cogí mis escasos bienes y volví fuera. Me gustaba el olor húmedo del aire y la idea de mojarme por la lluvia no estaba tan mal. Sería como una ducha natural, por así decirlo. Mordiéndome las patatas y haciéndolas crujir, di una vuelta por la estación y una zona de descanso llena de camioneros. Nin-

guno me silbó ni me piropeó cuando pasé a su lado.

Esto, digamos que arruinó la imagen que tenía de ellos.

Al otro lado de la zona de descanso había algunas fábricas más. Parecían como sacadas de un programa de televisión de casas encantadas —con las ventanas rotas o clausuradas con tablas, hierbas saliendo del suelo agrietado, y hiedra trepando por las paredes. Antes de que Matt decidiese que yo era un bicho rarísimo, habíamos estado en una de esas casas encantadas de feria. Ahora que lo pensaba, debería haber sabido que era un gallina. Gritó como una nena cuando un tío salió al final y nos persiguió con una sierra mecánica.

Sonriendo, seguí un estrecho camino por el área de descanso y tiré la botella vacía y la bolsa en una papelera. El cielo estaba lleno de nubes pesadas y el ronroneo ensordecedor de los motores de los camiones era, de algún extraño modo, reconfortante. En cuatro horas estaría en Nashville. Cuatro más y encontraría—

El ruido de cristales rompiéndose me asustó. Sentí latir el corazón en la garganta. Me di la vuelta, esperando encontrar toda una horda de daimons frente a mí. En vez de eso había dos chicos jóvenes. Uno había tirado una piedra a la ventana de un edificio.

*Qué rebeldes, pensé.*

Quitó la mano de donde había metido la pala en el pantalón, estudiándoles. Uno de ellos llevaba el gorro rojo... en mayo. Me pregunté si habría algún tipo de tiempo extraño del que no sabía nada. Pasé la mirada hacia su compañero, cuyos ojos no dejaban de saltar de su compañero a mí.

Y eso me puso nerviosa.

El chico del gorro sonrió. La camiseta blancuzca que llevaba colgaba en su huesudo cuerpo. No parecía que tuviese tres comidas completas al día.

Y su amigo tampoco.

—¿Qué tal?

Me mordí el labio.

—Bien. ¿Y vosotros?

Su amigo dio una risotada aguda.



—Estamos guay.

El estómago se me empezó a cerrar. Dando un profundo respiro, comencé a apartarme de ellos.

—Bueno... tengo que coger un autobús.

Risitas echó una mirada rápida al chico-del-gorro, y leches, el del gorro lo pilló. En menos de un segundo, estaba frente a mí y sujetaba un cuchillo contra mi garganta.

—Te vimos con el dinero en las máquinas, —dijo el del gorro—, y lo queremos.

Casi no podía creerlo. Encima, me estaban robando.

Era oficial, los dioses me odiaban.

Y yo les odiaba a ellos.

## Capítulo 10



64

ASOMBRADA Y SIN PODER CREERLO, LEVANTÉ LAS MANOS SOBRE LA cabeza y eché el aire lentamente.

El que *no llevaba* el cuchillo increpó a su compañero.

—Tío, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué has sacado un cuchillo? Sólo es una chica. No va a pelear con nosotros.

—Cállate. Aquí mando yo —el del gorro me agarró el brazo mientras me miraba lascivamente a la cara, apretando la punta del cuchillo contra mi barbilla.

—¡Esto no era parte del plan! —discutió el que no parecía querer apuñalarme. Clavé mi mirada esperanzada en él, pero él no le quitaba ojo a su compañero, abriendo y cerrando las manos.

*Genial, pensé, me están robando criminales desorganizados. Alguien va a acabar apuñalado y probablemente voy a ser yo.* En lugar de miedo, sentí una punzada de enfado. No tenía tiempo para estas mierdas. Tenía un autobús que coger y una vida que reclamar.

—Te vimos cogiendo comida —bajó la punta del cuchillo por mi garganta—. Sabemos que tienes dinero. Todo un fajo de

billetes, ¿verdad John? Tiene que estar bien pescar tanto dinero.

Quería darme una patada en la cara. Tenía que haber tenido más cuidado. No podía sacar un fajo de billetes y esperar que no me robasen. ¿Sobrevivir al ataque de un daimon para acabar con la garganta rajada por unos pocos cientos de dólares?

Mierda, la gente era un asco.

—¿Me has oído?

Entrecerré los ojos, estaba como a cinco segundos de perder los estribos.

—Sí, te he oído.

Clavó sus dedos en mi piel.

—¡Entonces danos el maldito dinero!

—Vas a tener que cogerlo tú mismo —miré a su amigo—. Y te reto a que lo hagas.

El del gorro se movió hacia John.

—Sácale el dinero del bolsillo.

Los ojos de su compañero fueron saltando de su amigo a mí. Esperé que se negase, porque iba a arrepentirse mucho si no lo hacía. Ese fajo de billetes era todo lo que tenía. Tenía ahí el billete para el próximo autobús. Nadie iba a quitármelo.

—¿Qué bolsillo? —me preguntó el que me sujetaba. Al no contestar, me zarandeó, y ya no pude más.

Había activado mi modo zorra y, bueno, mi instinto de supervivencia se tiró por la ventana. Todo —*todo* lo que había pasado hirvió en mi interior y explotó. ¿Estos aprendices de malote pensaban que les tenía miedo? ¿Después de todo lo que había visto? Mi universo se volvió rojo. Iba a reventarles.

Me reí en la cara del chico del gorro.

Cabreado por mi respuesta, bajó medio centímetro el cuchillo.

—¿Va en serio? —liberé mi brazo de un tirón y le quité el cuchillo de las manos—. ¿Que vas a robarme? —le apunté con el cuchillo, medio tentada de pincharle con él—. ¿A mí?

—Wow —John se echó atrás.

—Exacto, —moví el cuchillo hacia los lados—. Si queréis que—

Un escalofrío me recorrió toda la espalda, helado y premonitorio. Noté una sensación innata y cada fibra de mi ser gritaba una advertencia. Era lo mismo que sentí antes de ver al daimon desde el balcón. El miedo me agujereó el pecho.

*No. No pueden estar aquí. No pueden.*

Pero sabía que sí. Los daimons me habían encontrado. Lo que no me cabía en la cabeza era *por qué* lo habían hecho. Sólo era una maldita mestiza. Ni siquiera era un aperitivo para ellos. Peor aún, era como comida china para ellos —iban a estar ansiosos de más éter en unas horas. Estarían invirtiendo mejor su tiempo cazando a puros. No a mí. No a una mestiza.

Al verme distraída, el del gorro cogió ventaja. Se echó hacia delante, cogiendo y torciéndome el brazo hasta que dejé caer el cuchillo en su mano.

—Zorra estúpida, —me siseó a la cara.

Le empujé con mi brazo libre mientras escrutaba la zona.

—¡Tenéis que iros! ¡Tenéis que marcharos ahora!

El del gorro me volvió a empujar y me tambaleé a un lado.

—Ya estoy harto. ¡Danos el dinero o...!

66

Recuperé el equilibrio, dándome cuenta de que estos dos eran demasiado estúpidos para vivir. Y yo también, por seguir ahí intentando convencerles.

—No lo entendéis. Tenéis que marcharos ahora. ¡Están aquí!

—¿De qué habla? —John se dio la vuelta y miró hacia la oscuridad—. ¿Quién viene? Red, creo que tendríamos que—

—Cállate, —dijo Red. La luz de la luna se escapó de entre las nubes, haciendo brillar la hoja con la que apuntaba a su amigo—. Sólo intenta asustarnos.

Parte de mí quería irse de ahí y dejarles con lo que sabía que iba a llegar, pero no podía. Eran mortales —mortales totalmente estúpidos que me habían apuntado con un cuchillo— pero de ninguna forma se merecían la muerte que les esperaba. Habiendo intentado robarme o no, no podía dejar que ocurriese.

—Las cosas que vienen van a mataros. No estoy intent—

—¡Cállate! —gritó Red, acercándose a mí. De nuevo tenía el cuchillo en la garganta—. ¡Tú calla!

Miré a John, el más cuerdo de los dos.

—Por favor. ¡Tienes que escucharme! Tienes que irte, y tienes que hacer que tu amigo se vaya también. Ahora.

Ni lo pienses, John, —le advirtió Red—. ¡Ahora ven aquí y coge el dinero!

Desesperada por sacarles de allí, metí la mano en el bolsillo y saqué el fajo de billetes. Sin pensarlo, se lo tiré a Red al pecho.

—«Aquí» ¡Cógelo! ¡Sólo cógelo y marchaos mientras podáis! ¡Vamos!

Red miró abajo, boquiabierto.

—Pero qué—

Una fría y arrogante risa me heló la sangre en las venas. Red dio unas vueltas, escudriñando la oscuridad. Parecía casi como si el daimon se hubiese materializado de las sombras, porque ese lugar hacía un segundo estaba vacío. Estaba a unos metros del edificio, con la cabeza ladeada y su horrible cara torcida en una espantosa sonrisa. Para los chicos, no parecía más que un ejecutivo con vaqueros de GAP y un polo—

Un objetivo fácil.

Le reconocí como el daimon al que había atizado con una lámpara.

—¿Es éste? —John miró a Red, visiblemente aliviado—. Tío, esta noche nos ha tocado la lotería.

—Corred, —les apremié en voz baja, llevando atrás el brazo y envolviendo con los dedos el mango de la pala—. Corred tan rápido como podáis.

Red miró hacia mí por encima del hombro, riéndose por lo bajo.

—¿Es este tu chulo?

Ni siquiera pude responder a eso. Estaba atenta al daimon, con el corazón a mil mientras él daba un lento paso adelante. Algo le pasaba al daimon. Estaba... demasiado tranquilo. Cuando la magia elemental tomó su sitio, se vio aparecer la diversión en sus rasgos.

Entonces, cuando estaba casi segura de no poder tener una semana más asquerosa, un segundo daimon salió de las som-

bras... y detrás de ella había otro daimon.  
Estaba muy jodida.

## Capítulo 11



AÚN TENÍA LA MANO ARRIBA, AGARRANDO LOS CUATROCIENTOS veinticinco dólares y el billete del autobús. Quizá fue el shock el que me dejó en esa posición. Mi cerebro rápidamente repasó las lecciones del Covenant, las que nos enseñaban sobre pura sangres que habían probado el éter y se habían pasado al lado oscuro.

Lección número uno: no trabajan bien en equipo.

Falso.

Lección número dos: no viajan en manada.

Falso también.

Lección número tres: no comparten la comida.

Falso también.

Y lección número cuatro: no cazan a mestizos.

Iba a pegarle tal patada al Instructor del Covenant si lograba salir de ahí con vida...

John dio un paso atrás.

—Hay demasiada gente en este—

El primer daimon levantó la mano y una rápida corriente

de aire llegó desde el campo detrás del trío. Salió disparado por el camino de tierra, le dio a John en el pecho y le mandó volando por los aires. John golpeó el final del área de descanso, su grito de sorpresa paró de inmediato con el chasquido de sus huesos al romperse. Cayó en los arbustos como un bulto oscuro sin vida.

Red trató de moverse, pero el viento seguía viniendo. Le empujó hacia atrás y me hizo bajar el brazo. Era como estar en medio de un tornado invisible. Billetes de cien dólares, algunos de uno, y mi billete de autobús salieron volando, arrastrados por el viento. Se abrió un agujero en mi pecho cuando vi cómo se los llevaba cada vez más lejos. Era casi como si los daimons supiesen que sin eso estaba atrapada. Completa y horriblemente atrapada.

Lección número cinco: Aún podían controlar los elementos.

Al menos los Instructores del Covenant habían dicho eso bien.

—¿Qué está pasando? —Red se echó atrás, tambaleándose sobre sí mismo—. ¿Qué demonios está pasando?

—Vas a morir, —dijo el daimon con los vaqueros de GAP—.

Eso es lo que pasa.

Alargué el brazo, cogiendo el brazo tembloroso de Red.

—¡Venga! ¡Tienes que correr!

El miedo dejó paralizado a Red donde estaba. Le tiré del brazo hasta que se dio la vuelta. Entonces salimos corriendo, yo y el tío que momentos antes estaba sujetando un cuchillo sobre mi garganta. Una risa desafinada nos siguió cuando nuestros pies salieron del camino y comenzaron a correr sobre la hierba.

—¡Corre! —grité, forzando mis piernas hasta que me ardían—. ¡Corre! ¡CORRE!

Red era mucho más lento que yo y se caía —*mucho*. Por un momento pensé en dejarle ahí para podérmelas arreglar, pero mi madre no me había educado así. Ni el Covenant tampoco. Le levanté, medio arrastrándole por el campo. Sólo soltaba balbuceos incoherentes. Estaba rezando y llorando —sollozando más bien. Un relámpago brilló sobre nuestras cabezas y el ruido de un trueno nos asustó a los dos. Otro relámpago partió el oscuro cielo.

A través de la niebla que comenzaba a extenderse por el



campo, pude reconocer las formas de más naves tras un grupo de arcos. Teníamos que llegar hasta allí. Podíamos perderlos, o al menos podíamos intentarlo. Cualquier sitio era mejor que estar al aire libre. Me esforcé más —tiré con más fuerza de Red. Los zapatos se nos enganchaban en los enredados hierbajos y me dolía el pecho, los músculos de mi brazo luchaban por mantener a Red en pie.

—Muévete, —mascullé cuando llegamos bajo el enramado de los árboles, corriendo hacia la derecha. Parecía mejor que correr en línea recta—. Sigue moviéndote.

Red finalmente recuperó el paso algo por detrás. El gorro se le había caído, mostrando una cabeza llena de gruesas rastas. Rodeamos un árbol, tropezándonos con las gruesas raíces y matorrales. Las ramas bajas nos golpeaban y nos rasgaban la ropa. Pero seguíamos corriendo.

—¿Qué... qué son? —preguntó Red casi sin aliento.

—Muerte, —le dije, sin saber una forma mejor de describirselos a un mortal. Red soltó un quejido. Creo que sabía que no estaba bromeando.

Entonces, salió de la nada, golpeándonos con la fuerza de un tren de mercancías. Yo fui la primera en caer al suelo, comiendo polvo y arena. De alguna manera seguía teniendo a salvo la pala y rodé sobre mí misma, rezando porque hubiésemos sido atacados por tan sólo un minotauro o un chupacabra. Ahora mismo cualquiera de los dos eran mejores que la alternativa.

Y yo no tenía tanta suerte.

Miré hacia el daimon mientras cogía a Red y lo sujetaba varios metros sobre el suelo con sólo una mano. Red gritó salvajemente cuando el daimon sonrió, aunque él no vio las filas de afilados dientes que yo veía. Llena de pánico y terror, me levanté y corrí hacia el daimon.

Antes de que pudiese llegar a ellos, el daimon echó atrás el brazo que tenía libre y una ráfaga de llamas acompañó su mano. El fuego elemental ardió con un brillo poco natural, pero los agujeros de sus cuencas permanecieron oscuros. Mostrándose indiferente al horror que se veía en la cara de Red y a sus gritos

aterrados, el daimon puso su mano sobre la mejilla de Red. El fuego salió de la mano del daimon, tragándose la cara y cuerpo de Red en cuestión de segundos. Red chilló hasta que su voz se paró, cuando su cuerpo no era más que llamas.

El daimon tiró el cadáver de Red al suelo. En el momento en que sus manos soltaron el cuerpo, las llamas desaparecieron. Se volvió hacia mí y rió mientras la magia elemental cubría su forma verdadera.

Mi cerebro se negaba a aceptar la realidad. No era el daimon de Miami ni el que había hablado tras el área de descanso. Un cuarto. Había cuatro de ellos —*cuatro daimons*. El pánico me atrapó con sus frías y afiladas garras. Mi corazón latía con fuerza mientras retrocedía, sintiendo una fría desesperación bien dentro de mí. Me di la vuelta y lo encontré ahora delante de mí. Me di cuenta de que nada se movía tan rápido como un daimon. Ni siquiera yo.

Me guiñó un ojo.

Rápidamente me hice a un lado, pero imitó mis movimientos. Ensombrecía cada paso que daba y se reía ante mis patéticos intentos de escaparme de él. Entonces se quedó quieto, dejando caer las manos de forma inofensiva.

—Pobre pequeña mestiza, no puedes hacer nada. No puedes escapar de nosotros.

Agarré el mango de la pala, incapaz de hablar mientras él daba un paso a un lado.

—Corre, mestiza —el daimon inclinó la cabeza hacia mí—. Disfrutaré la persecución. Y una vez te atrape, ni los dioses podrán parar lo que voy a hacerte. ¡Corre!

Despegué. Da igual cuánto aire entrase en mis pulmones al correr, parecía que no podía respirar. En todo lo que podía pensar mientras las ramas me arrancaban mechones de pelo era en que no quería morir así. Así no. Oh, dioses —así no.

El suelo se hizo irregular; cada paso que daba mandaba una punzada de dolor desde mi pierna hasta las caderas. Escapé de los árboles mientras un trueno ahogaba cualquier sonido excepto el de la sangre bombeando en mis sienas. Al ver la silueta de las

naves,forcé más mis doloridos músculos. Mis deportivas dejaron atrás la tierra cubierta de hierba y comenzaron a pisar sobre una fina capa de gravilla. Fui como una flecha entre los edificios, sabiendo que allá donde fuese quizá estuviese unos pocos momentos a salvo.

Uno de los edificios, el más alejado del bosque, tenía varios pisos, mientras que el resto parecían rechonchos en comparación. Las ventanas del piso inferior no estaban ni rotas ni con tablas. Fui algo más despacio, mirando por encima de mi hombro antes de intentar abrir la puerta. Le di una patada a la manilla agarrada por el óxido y la madera de alrededor se rompió y cedió. Me metí dentro y cerré la puerta tras de mí.

Mis ojos recorrieron el oscuro interior, buscando algo para asegurar la puerta con ello. Me tomó algunos segundos hasta que los ojos se acostumbraron, y cuando lo hicieron, pude reconocer las formas de bancos de trabajo abandonados, prensas y unas escaleras. Intenté impedir que mis dedos siguiesen temblando mientras volvía a guardarme la pala en los pantalones. Cogí uno de los bancos y lo puse contra la puerta. El chirrido que hizo me recordó demasiado al aullido de un daimon, y parece que también hizo que algo saliese corriendo hacia las sombras. Una vez asegurada la puerta, corrí hacia las escaleras. Crujieron y cedieron bajo mi paso mientras las subía de dos en dos, agarrándome con seguridad a la barandilla de metal. En el tercer piso fui derecha a una habitación llena de ventanas, con bancos olvidados y cajas aplastadas. De repente me di cuenta de algo alarmante mientras miraba por la ventana, barriendo con la mirada en busca de daimons.

Si no lograba llegar hasta Nashville —si acababa muerta esta noche— nadie lo sabría nunca. Nadie me echaría de menos ni le importaría. Mi cara ni siquiera aparecería en la parte de atrás de un brick de leche.

Me puse como loca.

Salí de la habitación y seguí subiendo por las escaleras hasta llegar al piso superior. Corrí por el oscuro pasillo, ignorando los chirridos. Abrí la puerta y salí al tejado. La tormenta conti-

nuaba violentamente, como si se hubiese convertido en parte de mí. Un relámpago cruzó el cielo, y el crujido de un trueno vibró por mis entrañas, burlándose del huracán de emociones que tenía dentro.

Acercándome al borde del tejado, miré atentamente entre la niebla. Mis ojos escrutaron cada centímetro del bosque cercano y los sitios donde acababa de estar. Cuando no vi nada, fui a cada uno de los demás lados e hice lo mismo.

Los daimons no me habían seguido.

Quizá en lugar de eso estaban jugando conmigo, haciéndome creer que de algún modo les había despistado. Sabía que podían seguir ahí fuera, jugando conmigo como un gato con un ratón antes de saltar y abrir en canal al pobre bicho.

Volví al centro del tejado, el viento me pasaba el pelo por la cara. Un relámpago brilló sobre mí, proyectando mi alargada sombra por todo el tejado. Olas de dolor rompían contra mí, mezcladas con enfado y frustración. Cada ola me cortaba desde el interior, dejando heridas abiertas que nunca llegarían a curarse. Me incliné, tapándome la boca con ambas manos y grité justo cuando el rayo cruzó por las oscuras nubes.

74

—Esto no es así —mi voz era un susurro ronco—. Esto no puede ser así.

Me incorporé, tragando el nudo ardiendo de mi garganta.

—Que os den. ¡Que os den a todos! No voy a morir así. ¡No en este estado, no en esta estúpida ciudad y por supuesto que no en este montón de mierda!

Una enorme determinación —ardiente y llena de furia— me ardió por las venas mientras volvía a bajar por las escaleras hacia la habitación de los ventanales. Me dejé caer sobre un montón de cajas aplastadas. Encogiendo las piernas hacia el pecho, apoyé la cabeza contra la pared. El polvo me cubrió la piel húmeda y la ropa, quitando la mayoría de la humedad.

Hice lo único que podía, porque este no podía ser mi final. Sin dinero ni billete de autobús, quizá me quedase atrapada aquí por un tiempo, pero así no era como iba a salir de aquí. Me negué a ni siquiera contemplar la posibilidad. Cerrando los ojos, sabía

que no me podía esconder aquí para siempre.

Recorrí con mis dedos el borde de la hoja, preparándome para lo que tendría que hacer cuando viniesen los daimons. No podía correr más. Eso era. El sonido de la tormenta se desvaneció, dejando una humedad pegajosa, y en la distancia, podía oír el estruendo de los camiones pasando en la noche. La vida continuaba fuera de estas paredes. No podía ser mucho más diferente dentro de ellas.

*Voy a sobrevivir a esto.*

**DAIMON** SE ENCUENTRA EN DESCARGA **GRATUITA** EN  
[HTTP://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM](http://COVENANT.EDICIONESKIWI.COM)

Ejemplar promocional gratuito. PROHIBIDA SU VENTA.